



EL ROMANO PONTIFICE por los indios de la América del Sud

Nada escapa á la mirada de la madre y todos los dolores de sus hijos hallan eco profundo en su corazón. Esta frase de un ilustre escritor puede aplicarse en su más amplio significado á nuestro Santísimo Padre Pío X. Llamado por Dios á regir la Iglesia en tiempos difíciles, mira y ve todas las miserias y sufrimientos físicos y morales, de la inteligencia, del cuerpo y del corazón. En cuanto una desgracia aflige á cualquier pueblo ó nación, El acude solícito á socorrerla, á aliviarla.

Hombre esencialmente práctico, sabe encontrar el modo y las personas que se necesitan. Ayer socorrió con mano pródiga á las víctimas de los terremotos de Calabria y de Sicilia, hoy á las de la galerna del Cantábrico.

El eco de un gemido ha llegado hasta el corazón del blanco Anciano. En los bosques vírgenes de la América latina, una voz articula un ¡ay! lastimero que ayer resonaba incierto cual voz de niño herido, pero que hoy vibra potente concentrando todas las energías de unos pueblos que no quieren desaparecer. Son millares y millares de hombres, son razas enteras que agonizan bajo el látigo de hombres sin corazón, ávidos sólo de dinero: fuertes, gracias á la apatía de los Gobiernos; audaces, gracias á la impunidad que de antiguo go-

zan. Esta voz de dolor ha cruzado los mares y conmovido el corazón de un Anciano que, oprimido y triste, vela incansable por la salud de todos.

Y el Padre excelente, oprimido el corazón, olvida sus dolores para acordarse sólo de sus hijos que sufren: y levanta la voz, y envía á los Pastores de aquella grey un grito de alarma y los convida á trabajar para que luzca pronto la aurora de un porvenir mejor. Lamenta el mal y propone el remedio: este es el que la historia ha enseñado en todos los tiempos ser el más práctico, el mejor: propone el envío de Misioneros y de Religiosas, los que á fuerza de sacrificios y de trabajos arranquen las almas y los cuerpos de aquellos seres, dignos de mejor suerte, de la esclavitud moral y material en que gimen. Una vez más Su Santidad el Papa proclama la utilidad, la necesidad de que los Misioneros se multipliquen; luego una vez más proclama el Romano Pontífice la excelencia de todas las Obras que cooperen á la labor santa del Misionero: felicitémonos por ello cuantos amamos la Obra benemérita de la Propagación de la Fe, y una vez más resolvámonos á trabajar incansables para difundirla y popularizarla.

CARTA ENCÍCLICA

de Nuestro Santísimo Señor Pío X, Papa por la Divina Providencia.

A los Arzobispos y Obispos de la América latina «De Conditione Indorum»

PÍO X, PAPA

VENERABLES HERMANOS:

Salud y Apostólica Bendición:



ONMOVIDO profundamente por el estado lamentable de los Indios de la América del Sur, Nuestro ilustre Predecesor Benedicto XIV hizo suya, como sabéis, la defensa de la causa de ellos en las Letras Apostólicas *Immensa Pastorum*, expedidas á 22 de Diciembre de 1741; y porque los

males que él entonces deploraba son los mismos que Nos ahora tenemos que deplorar en muchas partes, parece oportuno recordar sus palabras. Lamenta allí, entre otras cosas, Benedicto, que aunque por largo tiem-

po y con solícita instancia venía la Sede Apostólica procurando mejorar la triste suerte de los indios, aún había, sin embargo, «hombres de Fe ortodoxa que, como olvidados enteramente de la caridad difundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones, ó reducen á esclavitud, ó venden ó despojan de sus bienes á estos pobres Indios, no sólo á los privados de la luz de la Fe, sino también á los regenerados por el agua del Bautismo, tratándolos con tanta inhumanidad que los alejan de la fe de Cristo y á odiar los incitan.»

Poco á poco fué, por la misericordia de Dios, desapareciendo la peor de estas indignidades, la esclavitud, á cuya abolición oficial en el Brasil y otras regiones mucho contribuyó el maternal influjo de la Iglesia en los varones egregios que gobernaban aquellas repúblicas. Y de buen grado reconocemos que, á no haberse opuesto numerosos y grandes obstáculos de cosas

y lugares, éxito más feliz hubieran logrado sus consejos. Ciertamente, algo se ha hecho en favor de los Indios; pero es mucho más lo que hay que hacer. Y cuando consideramos los daños y crímenes de que son víctimas, horrorízase el ánimo y nos entristece la más profunda compasión por aquella raza infortunada.

Porque, ¿hay nada tan cruel y bárbaro como quitar la vida á seres humanos á golpes de vara ó con láminas candentes, casi siempre por causas levísimas y no rara vez por mera complacencia en atormentar; ó caer sobre ellos con repentina violencia para hacerlos perecer á centenares, á miles, en horrible matanza; ó asolar sus pagos y aldeas para acabar con los indígenas, de quienes, por cierto, sabemos que algunas tribus han sido en los últimos años totalmente exterminadas?

Para llegar á este grado de ferocidad, mucho hace el ansia de lucro; pero no poco influyen también la naturaleza del clima y la posición de aquellos países. Porque bajo la presión de una atmósfera tórrida que infunde en las venas cierta enervadora languidez; lejos de la práctica de la Religión, de la vigilancia del Estado y aún de toda relación y trato social, fácilmente ocurre que los que arriban á esas regiones, sin ser de costumbres perversas, pronto comienzan á depravarse, y, poco á poco, roto el freno del deber y de la ley, caen en todos los excesos del vicio. Ni perdonan la debilidad del sexo ó de la edad: que es vergüenza referir los delitos que perpetran en la compra y venta de mujeres y niños, superando en maldad á los ejemplos más vituperables de la torpeza pagana.

Nos, cuando alguna vez llegaban á nuestros oídos rumores de tal abyección, vacilábamos en darles crédito: tan increíble nos parecía. Pero cerciorados después por testimonios numerosísimos de la mayor parte de vosotros, venerables Hermanos, de los Delegados de la Sede Apostólica, de los misioneros y de otras personas dignas de entera fe, ya no nos es lícito dudar un punto de la verdad de estos hechos. Y fijo desde entonces el pensamiento en el propósito de esforzarnos para remediar en cuanto esté de nuestra parte, tantos males, pedimos á Dios humildemente se digne benigno mostrarnos el remedio oportuno. El Criador y Redentor, amantísimo de todos los hombres, ya que ha inspirado en nuestra mente la idea de trabajar por la salvación de los Indios, ciertamente inspirará también los medios conducentes á tal fin.

Mucho entretanto nos consuela saber que los que rigen aquella República procuran con toda solicitud extirpar esa ignominia y quitar esa mancha de sus Estados, en lo que nunca los alabaremos y aprobaremos bastantemente. Si bien en tales regiones, apartadas como están de las sedes de los Gobiernos, lejanas y por la mayor parte inaccesibles, estos humanitarios esfuerzos de los poderes públicos poco suelen aprovechar, y no rara vez son contraproducentes, ya por la astucia de los malvados, ya por la apatía ó perfidia de los funcionarios. Por lo que, si á la acción de Estado se añade la de la Iglesia, los frutos deseados serán más copiosos.

Así, pues, á vos apelamos antes que á otros, Venerables Hermanos, para que discurráis peculiares medios en pro de esta causa dignísima de vuestro ministerio pastoral. Y dejando lo demás á vuestro celo y

solicitud, os exhortamos ante todo á promover con el más decidido empeño cuantos Institutos haya en vuestras diócesis en beneficio de los Indios, y á que procuréis establecer cuanto fuere útil al fin propuesto. Además, advertiréis á vuestros pueblos sobre el deber sagrado que tienen que ayudar á las Santas Misiones entre los indígenas que primeramente habitaron en suelo americano. Sepan que han de ayudarlas de dos maneras principalmente: con la limosna y con la oración, y que así lo exige, no sólo la Religión, sino también la patria.

Y vos, en cualquiera Centro docente, en los Seminarios, Colegios de jóvenes, Escuelas de niños, y en los templos sobre todo, haced de manera que jamás falte la recomendación y predicación de la caridad cristiana, que considera á todos los hombres, sin distinción de naciones ni de color, como hermanos, y que no tanto con palabras como con hechos ha de probarse. Asimismo, no se deje pasar ninguna ocasión que se ofrezca para demostrar cómo manchan el nombre cristiano estas indignidades que denunciarnos.

Por lo que á Nos toca, teniendo halagüeña esperanza, no sin razón, del asentimiento y favor de los poderes civiles, procuremos principalmente que en aquellas vastas regiones se ensanche el campo de la acción apostólica, estableciendo otros Centros de Misioneros, donde los Indios encuentren refugio y saludables auxilios. Jamás la Iglesia católica fué estéril en hombres apostólicos, que, estimulados por la caridad de Jesucristo, estuviesen prontos y dispuestos á dar la vida por sus hermanos. Y hoy día, en que tantos aborrecen la fe ó en ella vienen á menos, el anhelo de llevar la luz del Evangelio á los bárbaros no desmaya entre los hombres de ambos Cleros y entre las vírgenes sagradas, sino que crece y ampliamente se difunde por la gracia del Espíritu Santo, que, según las necesidades de los tiempos, prevee á la Iglesia, su esposa. Y así juzgamos deber cooperar con tanta mayor copia de estos auxilios, que por misericordia de Dios están en nuestra mano, para librar á los Indios de la servidumbre de Satanás y de los hombres perversos, cuanto es mayor la necesidad de aquellos infelices.

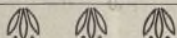
Por lo demás, como los evangelizadores de aquellas tierras, no sólo con sus sudores las regaron, sino á veces también con su sangre, esperamos confiados que en lo porvenir la mies lozana de tanta labor prorrumpa en opimos frutos.

Y ahora, para que nuestra Autoridad añada la mayor eficacia posible á cuanto negáis en favor de los Indios por vuestra iniciativa ó por exhortación Nuestra, siguiendo el ejemplo de Nuestro citado Predecesor, condenamos y declaramos reos de inhumano delito á los que, como él dice, «osen ó presuman reducir á esclavitud, vender, comprar, conmutar ó donar, separar de sus esposas y de sus hijos, despojar de sus cosas y bienes, conducir ó transportar á otros lugares, ó de cualquiera modo privar de la libertad, retenerlos esclavos, ó prestar á los que esto hagan, consejo, ayuda, favor bajo cualquiera color ó pretexto, ó enseñar y proclamar que todo es lícito, ó de cualquiera otra manera cooperar á lo dicho.» Y por tanto, queremos que se reserve á los Ordinarios de los lugares la facultad de absolver de estos delitos en el fuero sacramental.

Esto creímos oportuno escribiros, Venerables Hermanos, en bien de los Indios, así para obedecer á los impulsos de nuestro corazón paternal, como para seguir las huellas de muchos de Nuestros Predecesores, entre los cuales mencionaremos nominalmente á León XIII, de feliz memoria. A vosotros os toca luchar con todas las fuerzas para que sean colmados nuestros deseos. Os favorecerán seguramente en la empresa los que aquellas Repúblicas administran; la cooperación de los sacerdotes, especialmente de los adictos á las Misiones, no os faltará, y sin duda os ayudarán, final-

mente, todos los buenos, ó con recursos materiales, los que puedan, ó con otros medios que la caridad les inspire en obsequio de una causa en que están á la vez empeñados el interés de la Religión, el de la Patria y de la dignidad humana. Y lo que importa más: os asistirá la gracia de Dios omnipotente, en prenda de lo cual y en testimonio de nuestra paternal benevolencia, os damos de todo corazón, á Vos, Venerables Hermanos, y á vuestros fieles, la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á 7 de Junio de 1912, año nono de Nuestro Pontificado.



CARTA DE S. E. EL CARDENAL MERRY DEL VAL

QUE HA ESCRITO EN NOMBRE DEL SOBERANO PONTÍFICE Á LOS CATÓLICOS ALEMANES
ELOGIANDO LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

El Congreso de los católicos alemanes se ha celebrado este año los días 11 al 15 de Agosto en Aix-la-Chapelle. En esta ocasión, S. Emcia. el Cardenal Merry del Val ha dirigido, en nombre de Su Santidad el Papa Pío X, al M. Ilre. Sr. Canónigo Fals, Presidente del Comité de la Propagación de la Fe, la siguiente carta, para que fuese leída á los miembros de la Asamblea. Cuantos nos honramos perteneciendo á tan benemérita Obra, estamos profundamente agradecidos á esta nueva muestra de afecto con que acaba de distinguir la Santa Sede á nuestra Obra cuyos servicios casi seculares elogia.

En el Vaticano, 11 Julio 1912.

MUY Ilustre Señor: Grátisima había de ser á Su Santidad la noticia de que cumpliendo el acuerdo unánime de los Consejos de la Asamblea general de los católicos de Alemania que tendrá lugar, este año, en Aix-la-Chapelle, en el mes de Agosto próximo, se dedicara una de las sesiones solemnes á las Obras de las Misiones Extranjeras y, en particular, á la Obra de la Propagación de la Fe.

En efecto, no será necesario decir cuánto las obras que tienen por fin el promover el conocimiento de Jesucristo y la extensión de su reino en las almas, el fomentar la evangelización de los países más lejanos, de los pueblos desgraciados que, privados de la luz de la fe y de los bienes de la Religión católica, gimen aún en el error y en los males del Paganismo; sí, no es necesario decir cuánto estas obras son del agrado del Soberano Pontífice, cuya solicitud se extiende á la Iglesia universal.

Pero, entre esas obras saludables, debemos colocar

en primera fila la Obra de la Propagación de la Fe, maravillosamente fecunda, rica en méritos, y que cuenta hoy noventa años de existencia.

¿No ha contribuido esta Obra, eminentemente católica, enriquecida con tantos testimonios de afecto por parte de la Santa Sede y del episcopado, á esparcir los bienes del Evangelio en todos los países, aun en los más lejanos, á procurar la salvación de muchedumbres incontables, á ayudar y sostener los misioneros en el ejercicio de su sublime apostolado?

Por todo lo cual el augusto Pontífice ve con la más viva satisfacción que la próxima Asamblea de católicos de Alemania se propone reservar en sus sesiones lugar preeminente á las obras de las Misiones, y en especial á la de la Propagación de la Fe, trabajar para promoverla más y más entre los católicos y dar á conocer sus inestimables ventajas.

Su Santidad une de todo corazón sus votos á los deseos de esta Asamblea como prenda de éxitos y favores celestiales más abundantes. Bendice anticipadamente al M. I. señor Presidente, y á V. S., á los miembros de los Comités de la Obra de la Propagación de la Fe en Aix-la-Chapelle, á todos los congresistas y á cuanto se acuerde en favor de la Obra de las Misiones Extranjeras. Aprovecho esta ocasión para expresar, M. I. Sr., con mis mejores votos por el éxito de la Asamblea mis más sinceros afectos en Nuestro Señor.

R. CARD. MERRY DEL VAL.



CARTAS DE MISIONEROS

BASILE.—FERNANDO POO

Dos héroes de la caridad

31 Julio, 1912.

EN el correo de España, que entró en nuestras aguas al anochecer del día 23, llegó el Ilmo. señor Obispo de Tignica, Vicario Apostólico de Fernando Póo.

Su venida nos ha llenado á todos de alegría, principalmente á los Misioneros, que nos hallábamos huérfanos, más que más habiendo sucumbido durante su ausencia su representante en las Misiones, el reverendo P. Joaquín Juanola, infatigable misionero, intrépido excursionista é investigador de los arcanos de estos territorios, principalmente de esta isla de Fernando Póo, intrépido defensor de los derechos de España en este lejano dominio de su corona, entusiasta y decidido amparador de todo buen proyecto, alma de cuanto bueno se ha realizado en esta Colonia en los últimos veintisiete años, ó sea desde que España hace algo en este último resto de su inmenso imperio colonial.

El P. Juanola gastó su vida toda en la Colonia, la regó con sus sudores durante cerca de siete lustros, sobrellevó con alegría los más duros sacrificios en aras de su amor á estas razas que procuró á todo trance ganarlas para Jesucristo y para la Patria, y por lo mismo nada más justo que, ya que su nombre queda imborramente grabado en miles de corazones agradecidos, tratemos de perpetuar también su memoria levantándole público monumento, cual lo intentan llevar á cabo dignísimos caballeros de la Colonia. Descanse en paz el heroico P. Juanola.

Ya que la pluma se me ha ido á recordar la memoria de un incansable Misionero, no puedo resistir al impulso de consagrar dos líneas á una de esas nobles heroínas que después de haberse sacrificado muchos años en la evangelización de estas pobres gentes, acaba gloriosamente su apostólica misión. Dignas de los más grandes elogios son las Religiosas de la Inmaculada Concepción, que vienen á estas lejanas tierras para compartir la sublime labor del Misionero. Verdaderas Misioneras, al conocer la voluntad de Dios, dejan resueltamente padres, parientes y Patria, y aun las relativas comodidades de España, y despreciando generosamente los halagos y exigencias de la Naturaleza, surcan impertérritas los mares, saltan á estas ardientes arenas, penetran valerosamente los bosques tropicales, corren desaladas en busca de almas y desafían las mayores dificultades á trueque de buscar la gloria de Dios y convertir las almas. Nunca se ponderará lo bastante la sublime labor que desempeñan en nuestra Colonia tan abnegadas Misioneras, ni para ellas hay suficiente galardón sobre la tierra. Verdad es que no faltan detractores de tan meritísimas operarias evangélicas, pero esas injustas detracciones forman el fondo obscuro que hace resaltar más el brillantísimo cuadro que presentan á los ojos de toda persona honrada. Sea

que se las contemple á la cabecera de los moribundos, animándolos, consolándolos, confortándolos, ó á los pies de los míseros negros curando sus repugnantes llagas, ó se las mire instruyendo á las jóvenes morenas en las verdades de la Religión, únicas capaces de dignificar y ennoblecer á la mujer africana, ó enseñándolas las labores propias de su sexo, siempre aparece sobremana hermosa y espléndida la figura de esas Enviadas de Dios y de la Patria. ¡A cuántas y cuántas han abierto ellas las puertas de la civilización! ¡A cuántas han puesto en el camino de la salvación! ¡De cuántas han hecho verdaderas madres de familia! ¡Cuántas deben á ellas el bienestar temporal y eterno! Los que de cerca podemos palpar el fruto de la prodigiosa labor de esos Angeles en carne humana, podemos atestiguar ante la faz del mundo que son dignas de todo encomio... Pues bien, una de esas Religiosas, que más había trabajado en la Colonia es, sin duda, la Madre Nieves Soler, que falleció en Barcelona el 7 de Junio último, después de haber sufrido lo indecible, con heroica paciencia, á causa de una enfermedad contraída en estas penosas Misiones, de donde por mandato de los facultativos tuvo que regresar á la Península en Febrero del presente año. Durante doce años se sacrificó la Madre Nieves en estas Misiones, y si regresó en España fué por pura obediencia, pues su más ardiente deseo era morir entre las morenitas, por quienes tanto padeció. Fué muchos años Superiora del Colegio de Basile, y al instalarse las Religiosas en el Hospital Reina Cristina de Santa Isabel, se puso al frente de aquella Comunidad.

Alma toda de Dios, toda candidez é inocencia, no pensaba sino cómo agradar á su Divino Esposo, cuya gloria buscaba con todo empeño. Como tal, hubo de pasar por el crisol de la tribulación, pues el cumplimiento del deber le acarreó disgustos y contradicciones, á pesar de los cuales se mantuvo siempre firme en su puesto. Tenía un gran corazón cuyo amor, ternura y caridad para con el prójimo, no conocía límites.

Era extremadamente solícita de las Hermanas que de ella dependían, así como de las jóvenes colegialas, y nadie padecía que ella no padeciera otro tanto, ni descansaba hasta remediar la necesidad.

No es extraño que de todas fuera tan querida, y soy testigo de las lágrimas que derramaron no pocas excolegialas al enterarse de la muerte de su buena Madre, y de numerosas oraciones, Misas y Comuniones que por ella ofrecieron: y nada digo de la hondísima impresión producida por tan triste nueva entre las que aún continúan en este Colegio de Basile. Nació en Villanueva de Geltrú en Marzo de 1861 de los piadosos consortes José Soler y Josefa Capdevila: entró en Religión á los 20 años: y dos años más tarde profesó en la misma, desempeñando después cargos muy importantes.

Dios habrá premiado con creces los muchos merecimientos de su fiel Sierva.

MARCOS AJURIA, C. M. F.

Basile (Fernando Póo), 31 Julio de 1912.



ABISINIA.— Clase original al aire libre: Misionero enseñando el Catecismo á un grupo de alumnos.—Reproducción de fotografía

CHINA

De Macao á Heung-Shan

CARTA DEL P. LUIS VERSIGLIA, SALESIANO

MACAO fué el primer campo de acción de la Obra Salesiana en China: y aunque pequeño en sí, fué grande por los sacrificios con que durante cinco años los hijos del venerable Bosco trabajaron en su desarrollo. Ahora que, por así decirlo, ya salía de la infancia y entraba en un período risueño de engrandecimiento, vino, como ya de todos es conocido, á amortiguarse su vitalidad en un momento.

Ya desde el principio de la revolución política de Portugal el sobresalto y una dolorosa perplejidad se había apoderado de nosotros; pero confiábamos aun que, vista la necesidad de nuestra Obra y la benevolencia con que había sido acogida por los ciudadanos y las Autoridades, sería respetada. En verdad, tal fué la intención explícita de la Autoridad; pero no tardó un grupo de revolucionarios en imponerse por la fuerza, y la noche del 27 de Noviembre de 1910, á eso de las nueve recibimos la orden de prepararnos para marchar de Macao á Heung-Shan aquella misma noche; pero sin poder llevar con nosotros á nuestros huerfanitos.

Nuestros hermanos, D. J. Olive y P. Carmagnola, partieron en seguida con los equipajes para Hong-Kong, mientras nuestro hermano Rota y yo nos entreteníamos en ordenar las cosas que aun quedaban, y sobre todo enterando á uno que quedase al corriente y diese razón de la contabilidad. Después de mediodía partimos también nosotros, con el corazón oprimido por el dolor y pena, siendo aquella misma tarde recibidos en Hong-Kong con la mayor amabilidad y cariño por S. E. Rma. Mons. Domingo Pozzoni, Vicario Apostólico, y por los buenos Padres Misioneros de San Cológero de Milán, pudiendo allí de nuevo vernos unidos con nuestros hermanos.

La Divina Providencia, que jamás abandona á sus elegidos, nos quiso consolar con la propuesta de dos

nuevas fundaciones. Una Sociedad de célebres chinos se nos ofreció á transportar por completo nuestro instituto á las cercanías de Cantón. Era una empresa generosa, tal vez superior á sus fuerzas, por lo cual me pareció sería lo mejor limitarme á mostrarles mi agradecimiento y tener en cuenta su oferta tan noble y desinteresada; no obstante, será siempre una prueba más de la buena voluntad de sus promotores y de la simpatía que la Obra del V. D. Bosco ha despertado en China.

Agradable nos fué la oferta del Excmo. é Ilmo. Sr. Merel, Prefecto Apostólico de Cantón, el cual se propuso confiarnos una casa de Artes y Oficios en dicha ciudad, sobre cuyo asunto hablamos extensamente. Es Su Excelencia el padre de los Misioneros, y estaba ansioso de vernos establecidos á su lado para lo cual nos había preparado bien el terreno y confiaba en el buen éxito de sus ideales. En tanto recibíamos invitaciones semejantes del Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Manila, del Ilmo. señor Obispo de Lipa, en las Filipinas, de Jo-nau Septentrional y de otros puntos de la China.

Lo que más sonreía aquellos días á nuestro ideal era la esperanza de poder entrar en la Misión propiamente dicha; pues S. E. Ilma. Mons. Paulino de Acevedo, obispo de Macao, que fué el primero que llamó á los Salesianos á la China y los sostiene constantemente con generosa bondad, decía que no permitiría en manera alguna que nuestra Obra faltase en su diócesis; y no pudiendo tenernos en su ciudad episcopal, era de esperar nos confiase uno de los muchos y amplios distritos en que abunda su Misión de China.

Y en realidad de verdad así fué.

Hacia la nueva Misión

NUESTRA ANSIEDAD.—CURIOSO Y SOLEMNE
RECIBIMIENTO

El 1.º de Mayo aceptamos definitivamente la evangelización del distrito de Heung-Shan, situado al mediodía

del Imperio, y tomamos posesión de la nueva residencia el 8 del mismo mes.

Es Heung-Shan un nuevo puerto, que los chinos intentaron establecer á pocas horas de distancia de Macao; y aunque no salieron del todo airosos en su empresa, es, sin embargo, Heung-Shan un centro importante con buenas comunicaciones con las muchas ciudades y pueblecitos que lo circundan.

Hicimos un viaje felicísimo; y sin el menor incidente tocamos al caer de la tarde el último puerto en que debíamos hacer escala.

La residencia estaba aún bastante lejos del punto de desembarque y nosotros no conocíamos el camino, ni el lugar, ni las personas; lo que sí sabíamos era que había una ley particular de proscripción para todo misionero. ¿Cómo arreglárnoslas? Esto era lo que traía preocupado en aquellos momentos nuestro pensamiento.

Pero la divina Providencia guiaba nuestros pasos. No había aún tocado tierra el vapor, y ya vimos un grupo de personas que parecía esperarnos, dos de las cuales nos saludaban alegremente.

Eran dos ex-alumnos de Macao que, habiendo sabido al acaso nuestra llegada, habían venido á esperarnos al puerto no sólo para recibirnos y saludarnos, sino también para permanecer en nuestra compañía por algún tiempo, y ayudarnos los primeros días de nuestra estancia en aquel lugar completamente desconocido para nosotros. Los demás eran curiosos, gente amante de novedades, pero animados de las mejores intenciones.

En tanto se animan los círculos, se cuchichea, se nos mira con curiosidad y simpatía, corren hacia nosotros... Pues nada, que se había esparcido la nueva de que acababan de llegar dos profesores, uno de inglés y otro de alemán, que abrirían un colegio con clases de lenguas, de física y una grande... zapatería con escuela de banda.

Nuestros ex-alumnos les habían explicado nuestros trabajos realizados en Macao, imaginándose sin duda que en Heung-Shan continuaríamos haciendo lo mismo. Por esto muchos de ellos, aunque contrarios á nuestras ideas religiosas, nos hicieron aquel recibimiento, entusiasmándose tanto al vernos que, cogiendo nuestras maletas los unos y conversando los otros, nos acompañaron casi todos hasta la ciudad.

Pero no paró aquí nuestra sorpresa. Al llegar á la ciudad, salió á nuestro encuentro un alto funcionario para darnos la bienvenida en nombre de todos los ciudadanos, disparándose al entrar una infinidad de bombas en señal de alegría.

Los pobrecitos abrigaban la risueña esperanza de que nuestras fábricas y nuestros colegios volverían á realzar de nuevo el comercio, ahora casi muerto, de aquella ciudad.

Caminábamos, por decirlo así, de sorpresa en sorpresa; pero ¡cuál no sería nuestra maravilla al entrar en la residencia que el Ilmo. señor Obispo había preparado, al ver que todo se hallaba en su sitio y con el mismo mobiliario que nos había hecho tan buenos servicios en los cinco años que habitamos en el Orfanotrofio de Macao! Fué este un pensamiento gentil y peregrino de S. E. Ilma. ¡Cuántos recuerdos al ver aquellos objetos ya familiares para nosotros! Servicia-

les en extremo, nuestros dos ex-alumnos habían tenido la atención de hacernos preparar una succulenta cena; así que, despachada la gente, nos sentamos á la mesa y tomando nuestros palillos hicimos honor al buen arroz chino.

Pocos días hacía que nos hallábamos en el nuevo nido, cuando vino á sorprendernos una lluvia torrencial y prolongada; nuestra linda casita, de mucha apariencia sí, pero que en realidad era de adobes cubiertos exteriormente de cal, no tardó en sentir la influencia del agua, que penetrando por el techo ponía en peligro sus paredes. La primer alarma fué en la habitación donde dormían algunos criados y los ya conocidos ex-alumnos. Serían próximamente las dos de la noche y nosotros dormíamos tranquilamente, cuando el tabique que separaba dicha estancia de la cocina, desmoronándose por el agua, se vino á tierra con gran estrépito.

Desperté sobresaltado al sentir aquel ruido, é imaginándome en seguida lo que había sucedido, me dirigí hacia la cocina á obscuras; y fué una verdadera providencia, pues apenas había salido fuera de mi habitación, cuando bamboleándose la pared á que se hallaba arrimada mi cama, cayó dejándola sepultada entre sus escombros. Llamé en seguida á D. J. Olive, el cual se había también levantado al sentir el ruido y estaba á dos pasos de distancia de mí; sólo que no nos habíamos visto debido á la obscuridad. Asidos el uno del otro, nos fuimos hacia la habitación por donde había comenzado la ruina. Los dependientes apenas sintieron crujir las paredes y caer los primeros adobes, se dieron precipitadamente á la fuga; sin esperar á vestirse, envueltos en la colcha de la cama, se habían lanzado á la calle, donde estaban más muertos que vivos por el miedo y el agua que caía á cántaros. Al sentir nuestras voces se reanimaron un tanto, y nosotros, viendo que no había sucedido ninguna desgracia personal, de lo más íntimo de nuestro corazón prorrumpimos en un fervoroso *Deo gratias!*

Al romper el día, con la ayuda de algunas buenas personas, pudimos, como Dios quiso, desenterrar nuestro ajuar y transportarlo á otra casa vecina más segura; desde allí, durante todo el día y la noche siguiente, sentíamos el estruendo que hacían, derrumbándose á intervalos, los paredones que quedaban en pie de la casa y que cedían al leve empuje del viento y el agua.

Así quedaba destruida nuestra primera residencia de Heung-Shan.

Finalmente, cesó la lluvia y el mal tiempo, y pudimos dar comienzo á nuestra exploración, comenzando por reconocer los pueblecitos, las vías de comunicación, el número de habitantes y el concepto que de nosotros se tenía.

¿Cuáles fueron los resultados? Oímos decir con un poco de admiración y de curiosidad: ¡Mira aquellos demonios europeos...! Seguramente lo decían por causarles extrañeza nuestra barba, cosa que jamás allí se había visto; pero debemos confesar que, fuera de esto, no se nos dirigió ni el más ligero insulto, antes al contrario, fuimos recibidos con cortesía y deferencia. Pero, ¿cuándo tendremos la grata satisfacción de anunciarle un buen número de conversiones? Esto en China es difícil lograrlo con la prontitud que se desea; rara vez se

logra este buen fruto al primer encuentro y pocas después de varios, porque lo ordinario es que suceda sólo después de una larga permanencia del misionero.

Nosotros estamos ahora en los comienzos, y tropezamos con no pequeños obstáculos, como son la lengua y la oposición á todo aquello que es europeo (esto en primer lugar); después nos proveeremos de catequistas, ó sea, maestros y maestras indígenas, sin los cuales es infructuoso por ahora todo trabajo. Esto sucede así, porque los chinos en su vida civil, moral y religiosa no concluyen directamente ninguna cosa con la persona que los trata, sino que quieren siempre valerse de un intermediario. Para las mujeres es más necesario aún, puesto que una mujer china difícilmente acepta ser instruída por un hombre, y menos por un extranjero.

Por ahora debemos trabajar con ánimo para formar un personal apto; esto exige tiempo, trabajo, dinero y sacrificios; y no tendría nada de particular que, después de usados estos medios, nos halláramos con un triste desengaño.

Sin embargo, hemos comenzado á superar alguna de estas dificultades y continuamos trabajando para disminuirlas; tenemos ya algunos catequistas de uno y otro sexo, y gracias á su celo es regular el número de catecúmenos.

NOTICIAS VARIAS

Siria.—Santo Monte Carmelo

La gran fiesta de los orientales.—Imposible que mi pluma pueda describir la fiesta de San Elías, que es el día más solemne para estos orientales, y en el cual demuestran su veneración y su temor á este gran profeta de Dios.

La memoria de San Elías lo llena aquí todo; de ahí que el día 20 de Julio obscurece á los demás del año, por la concurrencia y por las circunstancias especiales de que se reviste su festividad. Cualquiera que pregunte á las caravanas de árabes que diariamente vienen de largas distancias á visitar tanto el *Keder* como la gruta que se encuentra en la iglesia del Carmelo, qué es lo que quieren, responderán con gravedad oriental, que besar y adorar á su *Mar Elia*. A San Elías, en efecto, se le tiene una veneración extraordinaria en todo el Oriente. Católicos y cismáticos, judíos, árabes y turcos, despreciando las molestias de varios días de viaje y los rayos ardientes de un sol abrasador, vienen de los pueblos y villorrios formando caravanas, para presentar al Santo sus ofrendas y exvotos de que está completamente llena su imagen. No hay árabe que durante su vida no venga alguna vez á visitar al Profeta de la Nubecilla, por distanciado que se encuentre del Carmelo. Esto lo hacen, no tanto por devoción como por temor, pues entre ellos existe la creencia de que vendrán grandísimos males y desgracias sobre la familia que no visite al Santo y le haga ofrendas.

Pero cuando el entusiasmo de estos orientales se desborda es en el día de su fiesta, que no podré relatar con los colores que yo quisiera. Al llamarla fiesta, no es decir que sea religiosa, porque esto es una romería, algo más que una romería, es una zambra y un ruido infernal como sólo estos turcos saben producirlo, de tal manera que es común decir que San Elías, la víspera de su fiesta, se marcha al Sacrificio por no oírlo. No sé si el Santo Profeta se irá, pero á nosotros sí que nos hacen pasar dos ó tres noches verdaderamente tole-

danas. Tres días antes de la fiesta ya comienzan á llegar pueblos enteros en procesión, procedentes de los confines de Samaria, Judea y Galilea, para tomar posesión de estos contornos y levantar tiendas de lona, que dan al Carmelo el aspecto de un verdadero campamento. Los caminos se ven llenos de camellos, caballos y caravanas que se dirigen á esta Montaña. La entrada en el Carmelo es solemne. Vienen los hombres delante armados de su imprescindible revólver y otras armas, cantando á grito *pelado* melancólicos romances, disparándolas sin cesar y dando saltos acompasados. Las mujeres detrás, asidas de las manos y danzando mientras otras tocan los panderos y cantan dulcemente, respondiendo á los disparos de las armas con un grito especial de alegría, difícil de darlo á entender con palabras. Una vez llegados á la puerta del convento, su primer obsequio es para San Elías, y á pesar de venir cansados, bailan al Santo diversas danzas mujeres y hombres, aunque separadamente. Las primeras al son del *Darabukah*, especie de puchero con parche, que al ser pulsado con los dedos produce un sonido como el de una zambomba, y los segundos al de una gaita de cañas, insoportable por su desafinación, que á ellos, sin embargo, les entusiasma. Una vez terminados los bailes, se retiran para dar lugar á las nuevas caravanas que llegan y que hacen otro tanto. La víspera de San Elías por la noche, cuando ya han llegado todos los peregrinos, el Carmelo ofrece un cuadro pintoresco y muy curioso.

Unas seis mil personas se revuelven como en un hormiguero debajo de nuestras ventanas, y aquí se forman numerosos corros de gente que canta, palmotea, da alaridos y dispara continuamente sus armas en honor del Santo.

Todos le traen alguna ofrenda consistente, por lo general, en ovejas, cabras, incienso y aceite, sin contar los dijes que depositan en su altar. En cuanto se les abre la puerta de la iglesia, se disputan á empujones la entrada á la gruta y la subida al altar para besar al Profeta y tocar en él los pañuelos que traen preparados para los miembros de la familia que no han podido venir al Carmelo. Después comienzan á gritar y hacer sus ceremonias, entre las cuales hay una que tiene ocupados á dos Padres durante el día. Es la de consagrar los niños á San Elías, cortándoles el pelo en su misma gruta.

Esta ceremonia reviste mucha solemnidad y es como sigue: Cuando el niño ha cumplido cuatro ó cinco años, los parientes y amigos del infante son convidados á una gran fiesta, en la que visten los más variados y pintorescos trajes. Una vez reunidos, vienen al Carmelo precedidos de una especie de chirimía, al son de la cual las mujeres cantan y bailan y los hombres hacen las salvas de costumbre. Cuando llegan á la explanada del monasterio, colocan al *esposo*, así llaman al niño, sobre un caballo ricamente enjaezado, el cual es conducido por los dos parientes más ancianos, y el padre del muchacho lo sostiene á fin de que no se caiga. Fórmase en procesión, los hombres delante y las mujeres detrás, llevando en medio al héroe de la fiesta, y de esta manera dan unas cuantas vueltas alrededor del convento cantando plegarias. Al frente de esta procesión, cinco ó seis árabes, consumados jinetes, van haciendo habilidades con briosos caballos, y de vez en cuando, rápidos como el viento, se acercan al niño y disparan al aire sus pistolones.

Por fin, se paran á la entrada de la iglesia; el jefe abre las puertas, bajan al muchacho del caballo, y le conducen de la mano á la gruta de San Elías. El Padre, que ya está esperando, recita las preces, y cogiendo las tijeras le corta cuatro mechones de pelo al niño en forma de cruz. Terminada esta ceremonia, el padre del niño entona un himno de acción de gracias, al que responden todos. Como preciosa reliquia guar-

da el pelo de su hijo, después de haberle tocado á la imagen del Santo. Las mujeres besan y abrazan al *pequeñín*, que protesta con amargo llanto de *aquellas caricias*, y sin pérdida de tiempo es conducido á la cisterna llamada de Elías, que estas gentes tienen en mucha veneración.

El padre coge en brazos al chico y le sostiene por unos momentos sobre el brocal de la cisterna mencionada, aumentando como es de suponer la consternación del *esposo* al verse suspendido sobre aquel abismo. Después lo sumergen en un depósito de agua de la misma cisterna y lo tienen allí unos cuantos segundos.

Por fin, la madre le saca cariñosamente, le pone vestidos nuevos que trae preparados y le rocía con agua de rosas. Salen de nuevo á la puerta de la iglesia, y allí la madre del muchacho, loca de alegría, salta y baila entre los aplausos y cánticos de los concurrentes, en tanto que los jinetes *corren la pólvora*, que es el principal número del programa de toda fiesta árabe, digno, por cierto, de ser presenciado. El día de San Elías suelen concurrir los primeros jinetes de Judea y Galilea con caballos de pura raza árabe.

El que por vez primera ve una *fantasía* de estas se le ponen los pelos de punta, al menos esto me sucedió á mí. Aquello parece que va de veras, y que se matan sin remedio unos á otros. Veloces como el huracán, se encuentran dos caballos, y los jinetes hacen maravillas con sus alfanjes, rozando con ellos el cuerpo del contrario y haciéndole girar vertiginosamente sobre su cabeza y otros juegos, al parecer, peligrosísimos, y, sin embargo, nunca hay desgracias.

Así terminó la fiesta de nuestro Padre San Elías; y nosotros, para contribuir con algo á ella, encendimos de nuevo la iluminación y hubo fuegos artificiales que llenaron de entusiasmo á turcos y beduinos poco acostumbrados á tales maravillas.—FR. MIGUEL ANGEL, C. D.

Méjico

Magnífico templo confiado á los Franciscanos.—Hoy, 21 de Julio, fiesta del Divino Redentor en Méjico, ha tenido lugar la solemne ceremonia de la bendición é inauguración de la hermosísima iglesia confiada á los Padres Franciscanos, llamada *El Calvario*, por estar consagrada al misterio de la Crucifixión del Señor.

El Excmo. Sr. Obispo de Méjico, Dr. D. José Mora, acudió gustosísimo á bendecir el nuevo templo. Inmediatamente se comenzó la Santa Misa, que cantó el señor Presidente del Cabildo de la Basílica de Guadalupe.

Asistió al acto religioso la flor y nata de la mejor sociedad mejicana, apadrinando la bendición el Sr. Licenciado don Francisco L. de la Barra, expresidente de la República, Licenciado D. Pedro Lascaraín, Ministro de Relaciones Extranjeras, y otros muchos no menos prestigiosos caballeros, y numerosas y distinguidísimas damas.

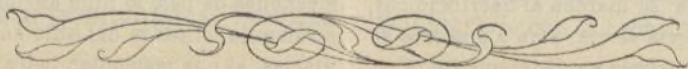
El templo es toda una verdadera joya de arte. El altar mayor es de mármol con bellas columnas afligranadas. Los ventanales son vistosas cristalerías emplomadas, que representan algún pasaje de la Pasión del Redentor. Lo que más poderosamente llama la atención, es el admirable grupo de estatuas, traído de Barcelona, y que se divisa en el suntuoso camarín. Representa á Jesucristo clavado y pendiente en la cruz, y al pie de ésta su Madre bendita, el Apóstol amado, y de rodillas abrazada á los pies de Cristo, María Magdalena.



RDMO. P. MARTÍN ALSINA
Superior General de los Padres Misioneros, Hijos del Inmaculado Corazón de María

Argentina

El Gobierno contra la Masonería.—En el corto espacio de dieciséis años los masones han fundado en la República Argentina 108 logias con 4,500 asociados. Engreídos con tan notables progresos se han creído lo bastante fuertes para salir de la obscuridad de sus logias y exigir al Gobierno el reconocimiento oficial de su secta. Este respondió en un principio que no se acostumbraba á conceder tan codiciados favores sin un detenido examen de la gracia solicitada, y que, por consiguiente, era preciso examinar las constituciones y ordenanzas de la asociación masónica, antes de proceder á su reconocimiento oficial. Tras detenido examen de dichas constituciones y reglamentos, el Gobierno ha rehusado acceder á las exigencias de los masones argentinos. Las razones en que se funda para tomar tan laudable resolución son las siguientes, que ha comunicado oportunamente á la secta. «Esta Asociación—dice—en nada contribuye al bien común de la República, sino que promueve exclusivamente los mezquinos intereses de sus afiliados, con perjuicio de los ciudadanos en general. Obliga á sus socios á combatir la libertad de enseñanza con el fin de alejar de las escuelas al clero y á las comunidades religiosas, lo cual se opone á la constitución de la República Argentina. La Masonería es anticristiana y ataca sin descanso la fe católica. La República Argentina está obligada por su constitución á defender la Religión católica, y, por lo tanto, no puede tolerar la existencia de su mayor enemigo, la secta masónica. La Masonería concede á sus miembros la libertad é independencia política; pero al mismo tiempo les obliga á votar por los candidatos que pertenecen á la asociación masónica. La Masonería forma un Estado dentro del Estado, un imperio en el imperio.» Mil enhorabuenas merece el Gobierno argentino por su acertada resolución y enérgica actitud frente á las exigencias de esa secta egoísta, fanática é impía, deshonor de nuestra civilización y enemiga del progreso y bienestar de la humanidad. Ojalá que todas las Repúblicas americanas y los Estados europeos imitasen su conducta. ¡Cuánto ganaría la causa del bien y de la verdad!



SOBRE LA ENCÍCLICA «DE CONDITIONE INDORUM»

Hablando de esta paternal Encíclica, escribe nuestro benemérito compañero *España y América*, de Madrid:



En lugar preferente de este número publicamos la Encíclica *De conditione Indorum*, documento importantísimo en que se refleja una vez más el entrañable afecto que profesa á los infelices indios la Iglesia católica; de ellos ha sido siempre defensora incondicional, llegando á veces á sostener los más serios conflictos con los poderes seculares por defender los derechos de esas pobres gentes, explotadas por mercaderes sin conciencia que, en todos los tiempos, han cometido las mayores crueldades contra esas razas débiles, incapaces por sí mismas de defenderse contra las ambiciones tiránicas de la civilización contemporánea.

«Como el asunto lo merece, vamos á reseñar aquí los tristes sucesos que han dado lugar á que la Santa Sede haya levantado solemnemente la voz para condenar, en nombre de la moral católica y del derecho cristiano, las infamias cometidas en la región del Putumayo (Perú) por la *Peruvian Amazon Company*, contra los indios empleados en el cultivo é industria del caucho.

«Hace ya tiempo que toda la opinión sana del mundo está conmovida ante la denuncia formulada oficialmente por el Gobierno inglés en un *Libro Azul* que ha enviado á las Cancillerías y Parlamentos, en el que se incluye íntegra una Memoria redactada por el cónsul británico en Lima, M. Roger Casement, acerca de las crueldades inenarrables y casi inconcebibles de que nos habla dolorido nuestro Santo Padre Pío X en su Encíclica *De conditione Indorum*.

Dos años se han cumplido ya desde que Mr. Hardenberg denunció en las columnas del periódico *Truth* algunas de las infamias y crueldades que los agentes de una compañía inglesa llamada *Peruvian Amazon Company* cometían con los indígenas de la región del Putumayo, en la parte septentrional del Amazonas. Este artículo causó gran sensación en Inglaterra, y sir Edward Grey comisionó á sir Roger Casement, entonces cónsul general inglés en Río Janeiro, para que investigase la verdad é informase al Gobierno británico. Las informaciones oficiales de sir Casement coincidieron en un todo con las denuncias de mister Hardenberg. De ellas resulta que las 4,000 toneladas de aljofía que dicha Compañía ha importado á Inglaterra en doce años han costado á Putumayo más de treinta mil vidas. Sus bárbaros agentes organizan partidas de caza de indígenas, en las cuales mueren gran número de indefensos indios, y toman como inocente pasatiempo el atormentarlos cruelmente, sometiéndolos á las más espantosas torturas y amputándoles los miembros horriblemente. Hombres y mujeres, niños y ancianos llevan, según la información oficial, señales indelebles de la inhumana crueldad de estos salvajes. El Gobierno inglés y el de los Estados Unidos han pasado una nota

al Gobierno peruano pidiéndole que ponga pronto y eficaz remedio á tanta barbarie y crueldad. El *Times* propone como el medio más eficaz para remediar el mal y evitarlo en lo sucesivo, el establecimiento en Putumayo de una Misión católica, «pues—como dice el gran rotativo anglicano—el espíritu de Fr. Bartolomé de las Casas sobrevive en los frailes católicos.» El Gobierno del Perú ha prometido su apoyo á la Misión, y en Inglaterra se ha abierto una suscripción para reunir 15,000 libras esterlinas, con cuyo capital se cree asegurado su porvenir.

«Relacionada con tan desagradables sucesos, circula actualmente en la prensa londinense la siguiente carta, dirigida á Mr. Asquith, presidente del Consejo de ministros de Inglaterra:

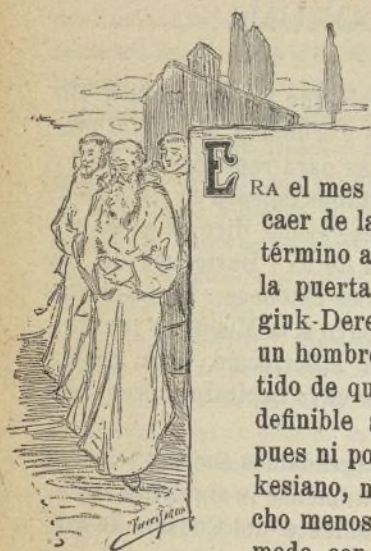
«Señor: Los abajo firmados, en vista de las horribles atrocidades perpetradas en el distrito del Amazonas, merced á las cuales, en un espacio de cinco años, la población india ha sido reducida, de 50,000 individuos que antes eran, á 8,000, y considerando que ésta es una mancha nefanda sobre la civilización de este siglo y que cae en cierto grado sobre la Gran Bretaña, ya que la Compañía bajo cuya acción estas atrocidades han tenido lugar tiene su centro general en Londres, y que el caucho obtenido por este sistema sanguinario encuentra su mercado principal en Londres, nos permitimos llamar la atención de usted para manifestarle respetuosamente que es un deber de la Gran Bretaña, obrando de acuerdo con los Estados Unidos, tomar medidas inmediatas para poner fin á este estado de barbarie. La doctrina proclamada en 1823 por el presidente Monroe manifiesta que los Estados Unidos verían toda intervención de potencias europeas con el objeto de dirigir los destinos de los gobiernos independientes del continente americano como una manifestación de disposición poco amigable hacia los Estados Unidos.»

«Consideramos, por tanto, que el Gobierno británico «debe pedir la cooperación de los Estados Unidos para «poner fin inmediato á estas atrocidades y para que «sean castigados los culpables.»

«En vista de tamaños crímenes de lesa humanidad, la Iglesia católica no podía callar sin faltar á su gloriosa tradición, y ha hablado por boca de su Jefe supremo, poniendo á contribución su fuerza moral en favor de las razas débiles; así procedió la Iglesia á fines del siglo pasado, cuando aquellas terribles matanzas de armenios, ante las cuales las potencias europeas no acertaron más que á formular débiles reclamaciones, de las que apenas hizo caso el Gobierno otomano. Quiera Dios que la voz del Pontificado lleve á los pueblos de allende los mares ecos de paz y de justicia, para que todos cumplan con sus deberes y no haya esclavos y señores, sino que todos se amen como hermanos y se traten como hijos de un mismo Padre que está en los cielos.»

RECUERDOS DE MI MISIÓN

Un espía y una sorpresa



ERA el mes de Mayo de 1894. Hacia el caer de la tarde y mientras ya daba término al Oficio divino del día, ante la puerta de mi casa-misión de Mugiuk-Deresi, aparece en mi presencia un hombre raro, pero raro en el sentido de que vestía de una manera indefinible según el uso de aquel país, pues ni podría llamarse kurdo, ni kerkesiano, ni turco, ni cristiano, ni mucho menos europeo, si se atiende al modo con que éste suele vestirse por allí. Participaba, sin embargo, en su traje de todos estos tipos. Llevaba gorro á la kerkesiana, y, como aquella feroz raza, traía su pecho cruzado con dos cinturones de cuero cubiertos con cartuchos de revólver, según pude apercibirme en uno de sus movimientos mientras le acompañaba en mesa. Vestía pantalón de pelo ó *chalvar*, como allí dicen, á lo curdo, y al igual de éstos ceñía su cintura con una mala correa. El sobrepecho, ó lo que podríamos llamar chaleco, y su camisa estaban cortados al uso de los cristianos del país, al menos por lo que aparecían en cuello y mangas, mientras que el sayo ó *combás*, tanto en el color como en el modo en que vestía, decía bien claro ser su dueño un mahometano. De europeo tenía asimismo los zapatos de montaña con corte á la inglesa, desconocido por completo en los bazares de aquellas provincias, y el trato social correcto y delicadísimo.

Venía acompañado de un paisano armenio cismático de la aldea de Telemik, el cual apenas visto que el dicho señor tomaba mi mano para saludarme, sin más cumplimientos se vuelve á éste y le dice: «Bueno; ahora ya sabrá V. arreglárselas para proseguir su camino. Por el momento está en puesto seguro y no le faltará nada.» Y dicho esto, sin llegar siquiera á tomar asiento, ni entrar en mi casa, ni menos usar conmigo la atención de darme el saludo de despedida como no me había dado el de llegada, volvió la espalda, y tomando por el atajo porque había venido, esquivó hasta la misma entrada en el pueblo, cosa que era tan natural al menos para tomar algún alimento después de un viaje de casi cinco leguas. Todo daba á entender que no veía la hora de separarse de aquel hombre y que temía el ser visto en su compañía. Misterio.

Conducía además consigo un perrito faldero atado á la cintura con una cuerda, y al que él llamaba su salvaguardia durante la noche y mientras dormía en la espesura del bosque, y cuyo fiel y bondadoso cargo venía desempeñando el pobre animal desde las tierras de Prusia, si se debe dar crédito á lo que entonces manifestaba el tal señor desconocido. El perrito quedó en en nuestro poder, por expresa voluntad del amo, como recuerdo de la visita que acababa de hacerme.

Introduje el forastero en mi casa, y ya una vez en

mesa (la que mandé preparar en el acto suponiendo debería venir con apetito, y por cumplir también con un deber que en aquel país impone en general la visita de todo huésped) pude oír de su boca y mientras yo examinaba su curiosa vestimenta que vengo de describir, como él era un oficial ruso de marina que prestaba servicio no sé en cuál acorazado del imperio, y que á causa de una conspiración del equipaje contra el comandante le tocó pagar la pena de una culpa que no tenía, siendo desterrado á los confines de Turquía, en donde permaneció dos largos años sufriendo lo indecible hasta que logró fugarse y entrar en territorio turco. Aquí venía haciendo su viaje á pie, más que por falta de recursos, por esquivar mejor la vista de las autoridades civiles, pasando á lo largo de las ciudades y aun de las villas. A continuación me fué refiriendo una y mil cuitas y una y mil peripecias de viaje, muy fáciles á comprender en cualquiera que como él debiese hacer á pie un viaje tan largo (bajaba de la ciudad de Tiflis y se dirigía á Adana-Mersina), trepando selvas y atravesando bosques, siempre entre temores y sobresaltos y durmiendo siempre á la intemperie.

Terminada la pequeña refección creí conveniente manifestarle en buenas formas que, si estaba en disposición de continuar su viaje, podría proporcionarle un conductor hasta la Misión de Don-Kalé, donde podría asimismo pernoctar y encontrar fácilmente al día siguiente una montura entre los cristianos, cosa que él con tanto interés buscaba y la que sería casi imposible encontrar en el pueblo en que yo misionaba. «El final de mi viaje, decía, es la ciudad de Adana: allí tengo algunos conocidos, entre ellos el cónsul inglés, quien indudablemente me facilitará todos los medios posibles para poder penetrar con seguridad en un vapor y refugiarme en tierras de América. Pero es necesario que no pierda tiempo, pues me siguen la pista ya muy de cerca según mis noticias, y que sólo fíe mi persona á *manos cristianas* y aun éstas que sean recomendadas y de suma confianza, de otro modo me expongo á perder todo mi trabajo, siendo entregado á las autoridades civiles otomanas, quienes asimismo no tardarían en entregarme á las del imperio moscovita.»

Mi consejo fué aceptado en el acto, sea porque el huésped comprendió en mis frases un disimulado licenciamiento, sea en realidad porque temía llegasen á identificar su personalidad en el país.

Aquella noche durmió en Don-Kalé en la Residencia del P. Manuel García, á quien le contó en substancia los mismos propósitos y las mismas cuitas que á mí, obteniendo como resultado de que el buen Misionero, no sólo se esmerase en agasajarle con todo lo que á su alcance estuvo mientras permaneció en su compañía, sino que también ya una vez en viaje le pagase la montura y el conductor hasta la misma ciudad de Adana, dando á ambos las provisiones necesarias para aquel largo viaje.

Pasó mucho tiempo sobre esto. Más de una vez el P. García y yo tuvimos ocasión de hablar y entretenernos sobre aquel curioso tipo que creíamos un desgraciado, y hablar con este motivo de los infortunios de la vida y de las injusticias que reinan en la sociedad. Y entretanto llegó también á nosotros la desgracia; la persecución turco-cristiana se declaró abiertamente en el país, fuimos envueltos en el torbellino, se nos quemaron nuestras viviendas, cúponos el destierro y pagamos también como todo prójimo nuestro tributo de sangre. Y cuando ya calmado algún tanto el furor de la tempestad nos hallábamos tranquilos en nuestra casa, es decir, en la casa-misión de Marasc esperando orden del sultán ó cuando menos de los gobiernos de la provincia

sorpreza, como si no llegase á comprender donde me había visto, cosa que instintivamente me acaeció también á mí, pero á los pocos momentos ambos caímos en la cuenta de que nuestra entrevista había tenido lugar antaño en la Misión de Mugiuk-Deresi. Con gran sorpresa mía me hallaba frente á frente del famoso oficial ruso *desterrado* por su Gobierno, *prófugo* del destierro *errante* en tierras turcas, *emigrante* á la América, y demás zarandajas. Era en verdad una sorpresa magna.

Entrando á continuación en intimidades, pude comprender cómo aquel señor, lejos de ser un ruso y mucho menos oficial de marina, era un armenio cismático nativo del mismo Adana, y un pobre empleado del señor que tenía al lado, quien, asociado lo mismo que él



ISLAS FILIPINAS.—Capilla y residencia de misioneros.—Reproducción directa de fotografía

para volver á la montaña, en unión de los pocos cristianos que habían quedado salvos, y reedificar nuestros pueblos, oímos decir que pregoneros privados de esa venturosa Orden eran dos personajes cristianos de Adana, armenios cismáticos, quienes al saber debían retirarse á sus respectivos pueblos sus correligionarios refugiados en la mencionada villa, traíanles una colecta recogida entre sus conciudadanos de esta última capital.

Dos días después del arribo de los mencionados señores á la villa recibimos también nosotros el anuncio de su visita á nuestra casa-misión. Era sólo visita de cumplimiento, pues sus limosnas no podíamos esperarlas los católicos, pero por eso mismo nos era más simpática y grata, máxime tratándose de gente desconocida. Una vez sentados todos, visitantes y visitados, en nuestra sala de recibo, pude darme cuenta de que me hallaba delante de una persona bien conocida. Uno de los visitantes empezó á mirarme fijamente y con alguna

al comité armenio revolucionario, se había servido antaño de su persona para inspeccionar las condiciones de seguridad que deberían rodear á los llamados barones, factores de la revolución, que muy luego entrarían en el país, sea en lo relativo á su morada (que en las primeras semanas debería ser en algunas grutas de la montaña), sea en lo relativo á los individuos con quienes en un principio deberían relacionarse, y lo demás concerniente á sus provistas, á la manera de transmitir sus correspondencias á la costa, al modo de hacer sus propagandas, etc., etc. En suma, era un verdadero espía armenio, pues al mismo tiempo que inspeccionaba todo lo que acabo de mencionar, indagaba también las fuerzas con que contaba el Gobierno turco en los diversos puntos de la montaña y los peligros que podrían presentarse entre la gente del país á aquel núcleo de jóvenes armados que deberían rodear y seguir á los llamados barones que estaban para llegar.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES (República del Panamá)

(Continuación)

Lo que hace el *absogeti* es el oficio del fiscal de Doctrina en las antiguas Misiones americanas cuando estaba ausente el misionero. Los *absogetis* cumplen, pero las muertes, como se dirá á su tiempo, en muchos gentiles suelen ser horribles. Las costumbres de los indios en tal trance van descritas en la carta de 14 Septiembre 1910. Allí me dejé que apenas expiró el enfermo lo lavan con celeridad y rompen en llanto rítmico. En el n. VI dije sobre los cementerios.

Lloran, aunque no sea por difuntos, ordinariamente hablando, ó mejor dicho cantando ó con ritmo, aunque pocas veces se ve llorar ni á muchachos ni á mayores si no es por los difuntos. Cuando están hondamente afligidos, sobre todo los hombres, muestran su dolor con una estupenda seriedad. Con esa seriedad, sin ademanes; ha habido quien se ha ahorcado para ir á verse y estar con su madre, poco ha difunta. De difuntos no se hable, que es gravísima falta de educación en karibe. Ahora, á fuerza de hablar de las almas del Purgatorio, si ocurre hablar de algún pariente, nunca dicen murió, sino por metáfora: fulano se perdió: á fulano Dios le castigó: zutano ha sido arrebatado, se fué, etc. Mas sucede, v. gr., que murió el padre, y en el padrón llamo á su hijo ó ahijado, v. gr., Estanislao *Pitasó*, que lleva de apellido el nombre gentil del padre. Luego hay un murmullo, aun en la iglesia, que si el misionero sigue llamando así al niño, tendrá éste que dejar de venir; que más valiera que se le cambie el nombre, etcétera, pues *Pitasó* ya se perdió.

3. Fabrican grandes chozones de hasta cincuenta pies de largo por hasta veinte pies de ancho por otros veinte pies de alto. El armazón, de gruesos é incorruptibles palos y largos, pasan de generación en generación. A las ocho ó diez columnas emparejadas las suelen atar con un grueso travesaño que forma el tabique imaginario que separa las familias y enseres de cada una. De travesaño á travesaño cuelgan las hamacas. Palos hay que es imposible meterles clavo. Sírvense para el empate de bejucos, que también duran una eternidad si no están á la intemperie. Hay bejucos de todo calibre; desde para atar un pajarito hasta para atar un toro. Rumboso, como siempre, nuestro Dios en sus dones, dió á estas criaturas en el bosque cuanto apetecen. Dios les libre del espíritu moderno, descontentadizo, que hace al hombre infeliz. Conócenlo esos pobres indios, y por eso también se cierran á cal y canto, como diré. Todo el pueblo concurre á la fábrica del chozón de cualquier vecino, según la disposición del cacique. Reunidos los materiales, á veces paran un chozón en un día. Tal es el orden y actividad que despliegan, cuidándose cada uno de lo suyo. Las paredes son palos plantados, que decimos *jiras*, que duran muchos años. Para el modo de vivir que los indios tienen y para el clima caluroso es á propósito ese sistema. Sujetan las ji-

ras unas con otras, atándolas con bejucos, lo más junto posible, á los palos travesaños, después de clavadas en el suelo. El techo fórmanlo con una especie de cañas bravas, muy largas, apoyadas y atadas en la cumbrera ó caballete, en los largueros y en las soleras. Sobre las cañas atan hojas de ciertas palmeras, á gusto del dueño. Porque unos, queriéndose librar de los muchos ratones que del bosque vienen á la isla, caballeros en los palos, en las frecuentes riadas, escogen cierta palma que tiene muchas pinchitas. Aunque cuesta más trabajo cubrir con esa palma, pero no anidan en ella los ratones, porque diz que se pinchan los ojos esos bichos al quererse introducir entre la palma. Las islas habitadas de este archipiélago están cerca de la desembocadura de los ríos. Dura veinte y treinta años esa palma. Otros indios, si lo que quieren es salir pronto del paso, usan otra palma que les dura ocho, otra diez, otra quince años. Los que de una vez se quieren desentender para toda su vida buscan otra palma más difícil de traer por ser rara y estar lejana, monte arriba, que puede durar cuarenta ó cincuenta años. Tras el chozón vivienda hay otro, la tercera parte del primero, que es para cocina. Las casas están todas mirando al mar, alrededor del islote, según la forma de éste, y dentro de ese como círculo están las que no cupieron en el tal redondel, sin orden ni concierto, por lo que no hay calles, y á veces hay que pasar por dentro las casas de unos para llegar á otras. En esas servidumbres no reparan sino los que se van entrando por el nuevo modo de ser. No tienen las casas por lo común puertas. A lo más una tabla con algún puntal ó bejuco para impedir el paso á los perros. Cada familia tiene su ropa colgada sobre una larga caña brava, suspendida horizontalmente por bejucos en el lugar de la tal familia, á pública subasta. En dicho lugar arriman sus remos, velas, cuerdas y herramientas. Con estar todo tan público, sin puertas, pasando la gente á cualquier hora, y siendo tres y cinco familias en un solo chozón, á nadie se le desaparece nada. ¿Podrá llegar á eso la civilización moderna?

4. En cada chozón hay un patriarca. Este, hecho el rape de la hija, ceremonia sobre la cual después se hablará, trata de casarla, si es que no la casa terminado el rape. Sólo el padre y la madre saben con quien se va á casar la hija, pues acá no busca el novio á la novia, sino el padre de la novia es quien busca al que juzga más oportuno para que entre á ser hijo y siervo suyo. El patriarca ó suegro se llama *saka*. Es dichoso el padre que tiene muchas hijas, porque en su vejez tendrá muchos siervos é hijos que le hagan servicios, y desgraciado el que tenga todos ó casi todos sus hijos varones, porque se le han de ir á casa ajena. En efecto, el novio pasa á ser miembro de la casa de la esposa y allí ha de vivir. Y nótese que contra el modo común de ser del mundo, aquí nacen más hijos, sin com-

paración, que hijas. Razón por la cual éstas valen más, y el marido porque no le quiten la mujer ó porque no se le disguste, hace cualquier sacrificio, por lo difícil que después es encontrar esposa. ¿De dónde nace ser nacidos más varones que hembras? Prueba clara del vigor de la naturaleza de estos indios, no corrompida, efecto sin duda de la moralidad que aquí se observa, como diré.

Llegado, pues, el tiempo nubil, prepara el padre, si es que hace fiesta á parte del rape, como suelen, gran comida y bebida. Citan al *kandule* y demás ministros y les prepara los utensilios necesarios, que diré al tratar de los cultos. Convida á muchos y entre otros á los padres del novio con los cuales, sin saberlo el novio, ha tratado el matrimonio, y convida también al novio. La novia está acostada á una hamaca mientras el *kandule* y sus ministros cantan y ofician. Venido el novio va á cogerle el futuro *saka*. Entonces cae en la cuenta del embrollo el muchacho. Es rúbrica que éste forcejea por escapar. Dícele el *saka* llevándosela hacia la hamaca, que tome á su hija, que él se la da, que es suya, que vivirán todos felices, etc. Como el muchacho tiene también sus fuerzas, acuden en ayuda del *saka*, en fuerza de la rúbrica, otros varones presentes tirándole hacia la hamaca y aconsejándole. El aunque quiera casarse ha de negarse procurando escapar y ha de apostrofar á la novia, que no quiere esa porque es, v. gr., una floja, que no sirve para el trabajo, que no sabe lavar, que es enamoradiza de otros, que tiene este y otro defecto, etcétera, etc. Si no se logra escapar, le ponen sobre la hamaca. Si él quiere, se queda allí mientras se acaba la función de la comilona y bebida y mientras el *kandule* termina, y luego se va con sus padres. Si no quiere, se va de la hamaca. Váyase ó no se vaya, la dicha función ó proclama se ha de repetir tres veces. El que efectivamente no quiere con esa, no vuelve á presentarse por aquella casa, ni convidado. Ordinariamente lo que hace es irse á otro pueblo y á veces en ese tiempo es cuando emprenden las correrías que diré, por el mundo. Es cosa trabajosa el casar aquí, pero se hace templanamente. Esta, á mi juicio, es una causa que favorece la moralidad.

Vuelto á preparar todo por el padre si nota que el novio quiso, y si no tiene que buscar otro, pues al *saka* le conviene casar pronto á las muchachas para tener más brazos para sus trabajos, vuelven á hacer las operaciones dichas. Habiéndose quedado el novio hasta la tercera vez, el *absogeti* da á los novios consejos en canto y al son de flauta de cómo se han de manejar, de sus obligaciones, etc. Luego el nuevo yerno, para rectificar su voluntad, por tres días consecutivos, y esto es lo que constituye la forma del matrimonio, de madrugada, puesto á las órdenes del *saka* se van á traer leña. El primer día la elige y corta con la debida medida á ojo el *saka* para enseñar al novio: éste presencia cómo el viejo la carga y echa el cayuco y la trae á la cocina. Recibida la primera lección y á otro día la segunda. Si el tercer día repitió la lección con gusto el aprendiz, ya está hecho el matrimonio. El traer leña para la cocina es casi la única obligación ó trabajo propio de los *sakas*. Van á traer la hamaca y demás ajuar del novio y se le da un tramo de la casa junto al tramo del *saka*.

Llamo tramo el espacio sin paredes que media entre atravesano y atravesano del chozón que dije, donde cuelgan las hamacas. El novio para casarse debe tener *urkagolo* ó barco propio, remos, vela, anzuelo, arpón, barra para cavar y machete; deber ser trabajador y no corrompido. Si no tiene ese dote, con dificultad encuentra *saka*, si no es para alguna muchacha desflorada; pues aquí siempre se casan mozos con mozas; y en aquel caso, ni á la muchacha se le hace la fiesta del rape, ni con el novio se gasta en esas comilonas y cultos, sino que lisamente se le importuna algo que tome á tal hija. El y ella por la necesidad de vivir emparejados, pues ni hombre ni mujer solo pueden vivir acá cómodamente, se juntan después de la ceremonia de la leña y los obvios consejos del *saka* de que se amen, de que no sean bravos, de que trabajen y pesquen, etc.

Colocada la pareja en su imaginario departamento ó cuarto, cuelgan la hamaca paralelamente cada uno la suya. Junto á la pared la de la mujer, al lado la del marido: cuando hay niño chiquito su hamaca entre la pared y la madre. Cuando hay dos, el más chiquito siempre junto á la madre y el mayorcito al lado de fuera del padre. Cuando hay tres, el chiquito á la pared, como siempre, el segundo entre el padre y el hermanito mayor, y así sucesivamente, echando siempre á los mayores hacia la otra pared. Así se van casando todas las hijas y se van colocando en la casa. De donde á veces si hay cinco hijas, resultan cinco hileras ó cinco familias puestas paralelamente. A veces hay más de cinco familias, hasta ocho ó diez. Entonces cada tramo como imaginariamente, pues nunca hay paredes interiores, se divide en dos, empezando por los dos extremos una y otra familia hacia el centro del tramo.

5. Los viudos se casan con viudas, mas nunca con solteras, aunque el viudo sea cacique. Mas, el cacique, sin dejar de serlo, pero en cuanto yerno, está á las órdenes del *saka*. Esto fué lo que le hizo equivocar á Oviedo cuando dijo que los *sakos* (gerrata de imprenta?) por *sakas* eran unos nobles. No tienen tanta autoridad por ser nobles, sino por tener hijas. Que si éstas se mueren, queda el *saka* como otro cualquier vulgar, pues entonces los yernos quedan desligados, y ó se quedan ahí si sus hijos, nietos ó biznietos del *saka*, ya son mayores y el tal yerno muy anciano, ó si no es muy anciano, se vuelve á casar, y á pesar de sus canas (pocos las tienen, aunque sean carcavales) pasa al servicio de otro nuevo *saka*.

Muerto el *saka* entonces, sí, se desgajan las familias y cada padre hace casa nueva con sus hijos y nietos, si los tiene. Por la tal aglomeración resulta que sean en cada chozón, por término medio, 20 ó 25 almas. Hay, pues, en tales chozones la mayor igualdad que se puede desear, pues todos los yernos, sean viejos, sean jóvenes, sean caciques *absogetis*, *kandules* ó investidos de cualquier dignidad, trabajan lo mismo en todos los oficios domésticos y del campo, á las órdenes ó indicaciones del *saka* cuando éste lo necesita; que en los días libres cada uno hace su roza á parte, con la que siempre tienen abundancia, pues participa todo el familión del *saka*, y cada yerno tiene y da á los de casa de lo suyo. Añádase que todos los numerosos nietos pescan, en primer término, para sus padres, y fácilmen-

te, si alcanza, hacen á los demás particioneros. ¿Qué les falta á estas gentes para ser felices en su familia, sino remontarles en eso que hacen á que tengan mérito sobrenatural?

6. Ni es menos gloria que en tales chozones no suele haber riñas ni suelen tocar lo ajeno. Aun los niños respetan lo de los tíos, y eso que sólo hay paredes imaginarias que dividan las habitaciones. Pues la moralidad para vivir así sin cortinas y siendo gentiles es admirable. Verdad es que en ciertas desnudeces no hacen el caso que los de nuestra civilización, porque *ab assuetis non fit passio*, y hay cierta modestia en la desnudez, cosa ésta muy difícil de entender para el que no la ha presenciado, pero es lo cierto que se nota gran candor en niños y niñas. Los padres son en general recatados, tanto que para guardar el candor de los niños cuando está próxima la madre al alumbramiento suele irse al bosque. A los dos ó tres días comparece en casa con el niño. Al verlo los hermanitos preguntan de dónde vino y cuentan los mayores esta historia: Iba tu padre el otro día por el bosque y vió un venado que entre el ramaje de sus cuernos llevaba este niño. Entonces corrió detrás hasta que tras mucho trabajo cogió el niño y se lo regaló á tu madre para que lo críe, y tengamos un niño más que sea tu hermanito. Y llega á tanto el deseo de guardar el candor, que, delante de menores, nadie suele usar palabras que les abran los ojos. Mas, en esta lengua el verbo parir nunca se usa en concreto ni como de acto que tenga visos de presente; y aún es más común usar del verbo originalísimo *koe-kae*, i. e. coger venados ó de otros metafóricos, que no del *kualulege*, parir. Así dicen: fulana cogió un venado. Y lo que es más raro, acontece el caso en la casa, y á veces sólo lo sabe la abuela. Para disimular dicen: la madre está enferma, ponen un toldillo á la hamaca y no dejan acercar ningún muchacho, á título de que no vengán á molestar á la enferma. Cuando los vagidos descubren al huésped, entonces cuentan la historia del venado y asunto concluído.

Por eso requieren, aun los cristianos, que el misionero sea muy cauto en enseñar algunos misterios de la Doctrina ante niños y aun ante el público. Así se explica el recato de las niñas y de las mujeres. Lástima que el demonio les haya metido el lavatorio del rape; pero maravilla que á pesar de eso recobren el hábito de modestia natural. El deshonesto es muy mal visto; y aunque hombres entre hombres, de alguna tribu especialmente, sean libres, pero cada vez me persuado más que eso es importado. Aun entre los muchachos se ve que son más libres y atrevidos los que se han asomado á los pueblos llamados civilizados, que los que se han quedado siempre en sus lares.

Ayuda á conservar ese recato la resistencia de los indios á que no éntre en su tierra extranjero por miedo que les importe ese libertinaje. En efecto, dicen ellos llevando la cosa al extremo de la exageración. Si dejamos entrar *huakas*, nos quitarán las mujeres con su desenvolvimiento y hasta ellas nos dejarán á nosotros y se irán con ellos aunque sean negros. Por eso no admiten discusión ni distingos si los *huakas* son buenos ó malos, sino que en tratándose de entrar *huakas*, se cierran en seguida.

En los pleitos que puedan ocurrir entre casados es juez nato el *absogeti*. Este oídas las partes castiga al culpante, tratando con el cacique.

7. Dije que en tiempo de la juventud es cuando estos indios hacen sus grandes excursiones, á veces por evitar un compromiso matrimonial. Tan es así, que no son pocos los que han recorrido las Antillas ó los puertos de Estados Unidos. Indios hay que conocen los puertos de toda América por ambos mares; y aun los puertos principales de Oceanía y Europa. Así se explica cómo algunos indios saben el inglés y el castellano que aprendieron yendo de grumetes en los buques. Encontré uno que había pasado unos 30 años corriendo por el mundo, pasando doce años de sirviente en casa de un capitán de barco en la Rambla de Barcelona. Lo admirable es que cuando vuelven con uno ó dos cofres de ropa (eso han de ostentar al venir ó sino son despreciados como quien hizo bancarrota) y al parecer cambiados, vuelven á entrar en el molde de indio, y aun suelen ser los más tenaces conservadores de las antiguas usanzas. En efecto, como suelen traer muy bajo concepto del mundo, en lo tocante á honradez y moralidad, afianzan ellos las ideas que los demás tienen de la maldad de los *huakas*. Eso no quita que se les vayan entrando algunos usos, pero no ciertamente los mejores. A eso les ayuda los continuos barcos que últimamente llegan á sus costas trayéndoles mil objetos, como fonógrafos, caleodoscopios y otros instrumentos de uso y de entretenimiento, á trueque de cocos. Aunque el *huaka* no salte á tierra, la curiosidad lleva al indio al barco. Son, pues, estos salvajes excepcionales y me parecen los más inteligentes de los que he tratado en el Ecuador y en Méjico; y si es cierto lo que aseguran las historias que los indios americanos casi todos son de la misma talla intelectual, éstos ciertamente sobresalen á todos los de América, aunque siempre sean indios. Eso mismo parece quiso indicar nuestro gran Hervás y Panduro, que trató á muchísimos misioneros de América en el destierro á Italia, diciendo que estos indios karibes eran los fenicios de América.

8. Apurando yo mucho para saber el por qué no quieren dejar entrar *huakas* á sus tierras, dan estas razones: 1.º Han visto sus mayores y más lo ven ellos, que poco á poco los *huakas* que han tenido de aliados y los de las vecinas repúblicas los van acorralando y van por esos los indios perdiendo rozas y viviendas. Juzgan, pues, que si eso sucede no dejándolos entrar, peor sucedería si les dejasen libremente entrar. 2.º El enorme miedo que tienen de perder las mujeres, pues aun conjeturan que ellas se darían á los extranjeros más atrevidos y más acaudalados que ellos. Pues si aun como están, dicen, apenas cada uno puede tener una sola, porque, como dije, nacen menos mujeres que hombres, suerte que se casan ellas más tiernas que ellos, ¿qué sucedería, dicen, si entrasen los *huakas*, que son tan libertinos y que no se contentarían con una? ¡Vaya un concepto flamante que se han formado del mundo civilizado á lo liberal y embrutecido!! 3.º De ahí y de la vida azarosa ó vertiginosa que se pasa en el mundo hoy día en la lucha por la vida, deducen ellos que es mucho mejor su república karibe, donde no ven ni pagas, ni grandes excesos de pasiones é injusticias

con menoscabo de la libertad y natural dignidad del hombre. Antes llevan una vida más quieta, abundosa, según á lo que ellos están hechos y sobre todo de completísima libertad, que es lo que más ellos apetecen.

9. Si se quisiera declarar el gobierno de los karibes, diríamos que al que más se acerca es al de República Federal. En efecto, aunque en cada pueblo el cacique propio hace y deshace (ya no en todos los pueblos, que parece les va también entrando á algunos el anarquismo), pero para causas comunes obedecen hasta cierto punto á un cacique que por sus dotes se hace mayor. Esas dotes suelen ser la elocuencia, el arrojo, la sagacidad, la tenacidad. De suyo el cargo de cacique es vitalicio. Así que, muerto uno, se reúnen en un *lareo* ó *tumati chunmake*, especie de Congreso. Hombres y mujeres del pueblo, á veces también intervienen caciques y aun gente de otros pueblos, debaten mucho, si no es que haya alguno que se sobreponga y determine la elección. Luego se manda un *karta* ó indio que vaya á llevar la noticia, á los otros caciques (n. II).

Es curioso el modo de mandar estos *kartas*. Escogen para este oficio y para todas las veces que hay que mandar *karta*, á un indio de los más despiertos y bien hablado que sepa todas sus tradiciones. A éste el cacique y los grandes le cantan todo lo que ha de decir, y le hacen repetir en canto lo que le han dicho, á poder ser al pie de la letra y sino de concepto, pero sin perder idea. Le corrigen y le hacen repetir hasta que lo dice todo bien por dos ó tres veces. ¡Ejemplo notable de paciencia! Llega á donde debe ir y dice que viene de *karta*. Le hacen descansar en la hamaca y pronto le traen un tazón ó *huaja*, ó *pilche* de chocolote (polvo de maíz tostada, cacao y azúcar, todo bien batido, excelente bebida). En seguida los *chudarrunikati* ó *varayuc*, que dicen los quichuas, esto es, los alguaciles que llevan vara, convidan de casa en casa á todos diciendo: *Kartataniki, pipaué*, venid á fumar (á casa del cacique, se entiende, que es la propia gobernación ó casa de Juntas), pues ha venido *karta*. Comparece el pueblo. Dan, de las tres hamacas, de que otras veces he dicho, la principal al *karta*, quedando el cacique y su *abarkineti* ó segundo á sus dos lados. El cacique dice *Abito*, oigamos. Con las tonadillas del caso va cantado el *karta* toda su relación, interrumpiendo, en canto también, tras cada estrofa ó idea principal el cacique, como dije, (n. V): *Itogolóóóe* ó *tegi an itomalóe*, perfectamente vamos comprendiendo. Si el *karta* tiene que volverse desde ahí, entonces á otro día, ó ese mismo si urge, hace con el *karta* de ese pueblo lo que hizo con él su cacique, y así sucesivamente van pasando su noticia con más seguridad y fidelidad y presteza de lo que se puede creer. A veces en un par de días la indiada de am-

bos mares, con ser el territorio tan vasto, se impone de lo sucedido. Así sucedió la primera vez que entré á este territorio, por ser el acontecimiento inesperado y nuevo.

Hay, pues, en cada pueblo un cacique ó *Ságila* y su vicario ó *Abarkineti* ó *Ságila pipi*. Luego viene el *Argala* voz, á lo que creo y según dan á entender, corrompida de *Alcala* ó *Alcalde* con terminación karibe. Este también tiene su vicario. Estos forman el Consejo del Cacique. Los dos últimos, junto con los *absogeti*, entienden especialmente en juicios. Si bien los *argalas* tratan más lo que atañe á lo cívico y los *absogeti* lo que atañe más á lo religioso, v. gr., matrimonios, entierros, etc. El *Urrueti* es el quinto empleo del Gobierno, equivale á nuestro alguacil, y está encargado del castigo. Ayudantes de éste son los *Chuaranikati* ó policías. Como se ve, todo eso es un remedo, aunque confuso, de la antigua forma de los gobiernos en las Misiones españolas de América. En lo religioso el *Nele* equivale á sumo sacerdote y doctor; *kandule* es el preste en las funciones; *absogeti* el sacerdote. Esos mismos oficios he conservado en lo civil, y en vez de *absogeti* he restituido los antiguos fiscales de doctrina. Las autoridades civiles en la iglesia se sientan ahora al lado del Evangelio presidiendo á los varones, y los fiscales se sientan al lado de la Epístola presidiendo al sexo femenino. Estos son los encargados de dirigir los rezos por sí; y si la memoria no les es fiel, por medio de los sacristanes. Deben vigilar el orden en la iglesia, y la moralidad por el pueblo, deben atender á los bautizos, á los matrimonios, á los enfermos y á los entierros sobre todo en ausencia del misionero.

10. El *ságila* convoca al pueblo si ocurre algún caso notable, y cada indio tiene derecho á terciar en el asunto. Si la cosa es de mayor interés, suelen llamarse á los caciques más amigos. En las cosas de interés general se reúnen todos los caciques y sus ayudantes con el Gran Cacique y el Sumo Sacerdote ó primer *lele* ó *nele*.

Suelen usar la pena del talión. En lo que hace uno daño en eso le castiganá él: si muerte, con muerte; herida, con herida igual, si robó plátanos le toman plátanos, etc. Después que sentenciaron á uno se bañan para purificarse, y lo mismo después que mataron ó enterraron á uno. Cuando creen ó sueñan que por culpa de alguno va á venir un daño, lo matan. Pensaron tiempo atrás que porque uno deliraba iba á haber inundación. Luego lo envenenaron. Tienen muchos y exquisitos venenos.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).



MISIONES DEL PERÚ

II

Desde la independencia hasta nuestros días



HEMOS dicho que los días de la independencia peruana no fueron apacibles ni ventajosos para las conversiones. Y parece que el mismo espíritu antirreligioso que habría motivado la exclusión de los Padres Jesuitas en todos los dominios españoles, si no fué causa única y eficaz de la decadencia, hubo al menos de influir á la par con la poca estabilidad y falta de rumbos en todo estado que comienza.

Los directores del Perú independiente, obedeciendo á un espíritu de cultura y delicadeza que nos es grato reconocer, no creyeron poder esperarse que Religiosos todos españoles se convinieran con la emancipación política; en consecuencia el Libertador Simón Bolívar acordó suprimir el Convento de Ocopa, y lo suprimió por decreto de 1.º de Noviembre de 1824, destinando el local para Colegio de enseñanza en bien de los hijos del valle de Jauja. Con todo, el 11 de Marzo de 1836 el presidente provisorio expidió un decreto para el restablecimiento del Colegio de misioneros, autorizando al reverendísimo Arzobispo para que promoviese la venida de Europa de dichos Religiosos, pues en el Perú no los había. Sin embargo, este decreto fué declarado nulo, lo cual motivó una representación vigorosa del Prelado. Hace ver los méritos del Colegio por haber tenido en su seno á tantos varones ilustres consagrados por entero á la difusión del Evangelio entre fieles é infieles, cuya falta lloran innumerables pueblos recién convertidos en las vastas Misiones de Mainas y los pueblos todos de todas las Diócesis en cuya formación religiosa también se ocupaban. Hace ver el Prelado que si bien con trabajo pudo al fin conseguirse que vinieran Religiosos de Europa, que otra vez, por la situación delicada de los misioneros á causa de las nuevas instituciones, hubo entorpecimientos en las relaciones de éstos con las autoridades políticas, y concluye el exponente pidiendo la sanción civil de una ley que asegure la subsistencia al Colegio de Ocopa, y arguye en definitiva con esta gravísima reflexión: «que las tribus salvajes, que ocupan una parte de la República tan dilatada y provista de verdaderas riquezas, las cuales pueden ceder en provecho de los ciudadanos, no han de sujetarse sino por uno de los dos medios; ó la conquista por la fuerza, ó la conquista por la persuasión. Que la primera es reprobada por la razón, y sólo queda la segunda, la cual requiere operarios fortalecidos por un espíritu sobrehumano que se dediquen á emprenderla, y estos son los misioneros que anunciando la fe, derraman con

ella el principio generador de la civilización. Y desde que en Nueva Granada, dice, se ha echado mano de los Jesuitas, en Caracas de los Capuchinos y en Bolivia se ha tratado de fomentar el antiguo Colegio de Tarija, en el Perú, ¿no se protegerá al Colegio de Ocopa?»

A mérito de tan fundadas representaciones pudo conseguirse la reconsideración de un Decreto que quitaba su existencia legal al Convento de Ocopa. Ya que por lo general no sea dado hallar una cooperación práctica por parte de los poderes de esta Nación, debemos reconocer que no faltaba un buen deseo ni la estima y distinción á que se hace acreedor el misionero. En 21 de Diciembre de 1849 el Congreso peruano resolvió: «que se restableciera el Colegio de Propaganda, tal cual estaba fundado por Real Cédula y Bula Apostólica de que ya hemos hecho mención, pudiendo ser en él admitidos Religiosos procedentes de Europa, debiendo previamente dichos Religiosos prestar el juramento de obediencia á las leyes y autoridades civiles y eclesiásticas.» El famoso y casi legendario Presidente del Perú, D. Ramón Castilla, había en 1845 hecho sancionar por el Congreso muy acertadas medidas en provecho de las Misiones, entre ellas, la entrega de 30,000 pesos anuales, y más en caso necesario al Prefecto de Misiones, pero las rápidas transformaciones del escenario político, sucediéndose unas á otras sin descanso, hicieron que tales acuerdos casi no fuesen traducidos en la práctica. «Esta ley, dice la Historia de Ocopa, ha sido una pura letra muerta hasta el día de hoy (1882). Protestamos por tanto contra esas leyes irrisorias, y nos hemos contentado y contentaremos en adelante con las palabras de San Francisco: *Pidan limosna confiadamente*. Aunque sería muy equitativo que el Gobierno del Perú imitase al del Brasil, que da á los misioneros franciscanos todo lo conveniente.» Y en la misma Historia leemos que todo lo percibido se reduce á la insignificante cantidad de 700 pesos, y se asevera que nadie podrá alegar haber los Franciscanos recibido un centavo más de Tesorería alguna de esta Nación. Esto decía el P. Guardián de Ocopa al Supremo Gobierno en su Informe de 16 de Diciembre de 1873.

Hasta aquí hemos hablado del Colegio de misioneros; ahora debemos hacerlo de las Misiones mismas con respecto á la independencia. Proclamada ésta, el Prelado de Ocopa, en 1821, mandó retirar del Meayali á los Religiosos que acompañaban al P. Manuel Plaza, quedando este Religioso ecuatoriano de nación, y más tarde Obispo en su patria, sin amparo alguno. Fué tal su miseria y desolación, que no teniendo con que salir al paso á forzosas necesidades, así propias como de sus neófitos, se vió en la urgencia de arbitrar medios fabricando azúcares y melados é internándose á los montes en busca de zarzaparrilla. En vano elevó cuatro



TONKIN OCCIDENTAL.—HA-NOI.—El arte indígena.—Notable edificio y lago conocidos con el nombre de Palacio de las Columnas (llaman columnas á unos antiguos monumentos monolíticos que tienen la forma de un obelisco).—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Sajot.

recursos seguidos al Gobierno de esta Nación, á quien servía. Por causa de su estrechez y violencia de sus penalidades, estuvo á punto de muerte con unas fiebres malignas. Repuesto de ellas por la solicitud cariñosa de sus neófitos, volvió los ojos á su patria, no para recogerse en ella, sino para hacer una llamada á los sentimientos de humanidad, y allí se encaminó atravesando los bosques por el río Napo. Regresó á su pueblo de Sarayaen á los ocho meses de ausencia con una pequeña cantidad (1,500 pesos) en efectivo. Podemos asegurar que los pueblos del Ucayali habrían vuelto una vez más á su antigua barbarie si el P. Plaza no hubiese pasado por el heroico sacrificio de permanecer por muchos años completamente solo en las inmensas soledades del Sacramento. En 1840 salieron de Ocopa con destino al Ucayali dos Religiosos, cuya visita conmovió profundamente al P. Plaza.

Con esto quedó nuevamente establecido en el Ucayali el servicio de los Padres de Ocopa, servicio y asistencia que iba á tropezar con una serie de grandes amarguras para los misioneros. Por causa del mal carácter de los indios, á lo que se agregó la funesta influencia de traficantes que invariablemente había de perderlos, las Misiones languidecieron á medio si-

glo XIX, hasta que los Padres conversores, viendo que sus multiplicados afanes resultaban estériles y no pudiendo luchar con ventaja contra el cúmulo de dificultades que ahogaban su ministerio, optaron por la resolución extrema de abandonar el Ucayali. Ya en 1854 era materia de negocio interesante la zarzaparrilla, la pesca salada (1) y huevos de tortuga (2), y tomando enseñanza de la industria con que los indios explotaban estos productos para su consumo, nuestros blancos se dedicaron á la extracción, cayendo en el grave inconveniente de mortificar á los indígenas para que más y más contribuyesen á sus ganancias. Menos mal si las autoridades guardaran su puesto y tuviesen cuidado

(1) Esta salazón se hace con variedad de piezas que suministran los grandes ríos orientales, piezas que ni en tamaño ni en sabor tienen que envidiar á las de los mares; pero las que dan lugar á negocio son dos principales y casi únicas: el paiche y la danta, aquí llamada vaca marina. En la salazón se observan procedimientos análogos á los empleados en el bacalao, mas no llegan éstos á utilizarse, pues las piezas no se encajonan ni se exportan fuera de la región de los ríos de los cuales son extraídas. Un paiche puede dar de sí hasta doce piezas, idénticas en la forma, pero de tamaño á veces doble que las del bacalao.

(2) En la variante de los ríos, esto es, desde Julio hasta Septiembre, se hallan los huevos de tortuga enterrados en la arena de las playas por centenares y millares. Son codiciados de los indios por extremo.

del orden, pero sucedía y ha sucedido siempre todo lo contrario, pues no sólo no cuidaban de contener á los especuladores, sino que los alentaron casi siempre con su complicidad, toda vez que esto les reportaba pingües rendimientos. Las presentaciones del misionero no eran atendidas ni respetadas; su sola presencia era de suma molestia para hombres que en su mayor parte se acogieron á los bosques solitarios con una voluntad perversa y roto el freno de todas las consideraciones humanas y sociales. Baste decir con la Historia de Ocopa, porque nosotros no fuéramos osados de afirmarlo, que no había en todos los ríos una sola mujer que estuviese segura al lado de su propio marido. Todo esto era un cáncer de muerte para las conversiones. Y si se añade que la más indigna y vil de las especulaciones había tomado arraigo y era ejercida descaradamente, echarán de ver los lectores cuán razonable hubo de aparecer el abatimiento de los misioneros. Nos referimos con esto al comercio de sangre muy común en toda la cuenca del Amazonas. En lo que al Perú respecta, no se cumplieron, por desgracia, las justísimas disposiciones del entonces Prefecto departamental Sr. D. Benito Arana, en que se prohibía severamente la compra y venta de los muchachos infieles, y esto hace ver el gravísimo inconveniente que hay en estar los territorios de Misiones tan alejados, no sólo del Supremo Gobierno, sino aún de sus delegados superiores. Tan convencido estaba de ello el Sr. Arana, que dijo al P. Calvo, Prefecto entonces de las Misiones, estas textuales palabras: «Esté V. convencido, Padre, que cuanto ocurra en el Ucayali se les ha de achacar á ustedes, por estos zafios que allí trafican.» Terrible verdad la que envolvían estas palabras.

Mientras el caballero D. Benito Arana era Prefecto, ya que sus resoluciones no pudiesen plantearse con

energía y recibir su sanción, quedaba á los conversores del Ucayali el consuelo de ver una excelente disposición de ánimo en la primera autoridad, y esforzaban su empeño contra los bajos intereses del lucro y la pasión; mas ni un pequeño rayo de esperanza vino á quedarles cuando el Sr. Arana fué substituído por otro, quien muy ajeno de interesarse por la justa causa, no tuvo á menos el hacer coro con los más encarnizados enemigos de los misioneros, organizándose al punto contra éstos una campaña de difamación en toda la línea. La guerra fué tal, que pasó á ser punto de vida ó muerte para las conversiones, y debemos convenir en que triunfaron los mantenedores de la mala causa. No podía ser menos, pues contaban con la fuerza material y la emplearon sin miramiento alguno, teniendo los misioneros que ceder el campo á la violencia.

Aquellos sucesos fueron interesantes por una doble consideración; porque revelan el carácter enérgico del misionero, pues nadie hace la guerra al enemigo á quien menosprecia; y porque la materia es hoy tan de actualidad como era entonces, pues los explotadores se han multiplicado y así son los escándalos, pues hoy más que nunca se desmoraliza y se pervierte en aquellos territorios. Adviértase de paso, y conviene no echarlo en olvido, que este mal no es del Perú sólo, ni sería el Perú por sí solo quien pondría remedio; es mal, como hemos indicado, de toda la cuenca amazónica, y mal que compromete con el Perú al Brasil, Bolivia, Ecuador y Colombia. Contrayéndonos al caso, vióse aquí la extraña ocurrencia, ya predicha por el señor Arana, de que los culpados verdaderos descargaran su responsabilidad en los inocentes que más habían clamado contra el mal ejemplo, sin otra ventaja que amarguras y disgustos.—FR. LEANDRO CORNEJO, O. F. M. (Continuará).

LA RELIGIÓN EN CHILE



PARA unos días en ésta, de paso para Chile, donde tanto prospera la Reforma Carmelitana, el R. P. Ernesto de Jesús, ex-Prior de los Padres Carmelitas de Santiago, tuvo la bondad de hacernos una relación del estado religioso de aquella apartada y floreciente República, que

con gusto publicamos á continuación.

«No sabe V. cuán grato es para mí hablar de mi segunda Patria. No quiero hacer lo que otros extranjeros, que no saben agradecer el pan que allí comieron, y el aire purísimo que allí respiraron, y el cariñoso hospedaje que Chile les dispensó, hablando y escribiendo mal de aquel hermoso país. He vivido trece años largos en Chile, he cruzado la República en todas direcciones, y no puedo menos de creer que allí está el paraíso, por la hermosura de su cielo, por lo saludable de su clima, por lo rico y variado de sus productos, por lo ameno y hermoso de sus campos, por la virilidad y

gallardía de sus hijos y por la piedad sin par de sus hijas. Chile es una república que lleva de frente todos los progresos legítimos, y en muchos órdenes de cosas «buenas», no tiene nada que envidiar á otros pueblos que, según fama, marchan á la cabeza de la civilización.

«Allí no existe lo que en Europa se llama *cuestión religiosa*. La religión del Estado, que es la católica, apostólica, romana, todo lo ilumina con sus relámpagos de gloria. Hay algunas capillas protestantes, como plantas parásitas que languescen de día en día, y sólo han podido echar raíces en el pueblo pobre al calor de la libra esterlina. El pobre chileno sólo es protestante cuando no le duele la *guata* (1): porque apenas siente los primeros efectos de un atracón de sandía ó fruta no madura, da un puntapié á la zarandaja del protestantismo y llama al Pairecito (2)...

(1) El vientre.

(2) Sacerdote católico.



ISLAS FILIPINAS.— Interior de un pueblo.—Reproducción directa de fotografía

«En Chile se favorece el Catolicismo como en ningún pueblo de la tierra. Los Religiosos no tenemos que cambiar de indumentaria para salir á la calle, nuestros hábitos son muy amados del pueblo y aún respetados de los que no comulgan con nuestras ideas, siquiera lo hagan sólo por educación, que aún así no deja de ser una virtud y un acto de cultura que no tienen los radicales de Europa. El Clero está bien formado. Por su ilustración, piedad, abnegación y celo puede figurar entre el Clero de primer orden.

«No puede figurarse lo pesado que es el servicio parroquial, pues hay parroquias casi tan extensas como nuestras diócesis, á cuyas necesidades tiene que atender un solo cura, lo que le impone un trabajo enorme y no pequeño heroísmo. Todo lo hacen los pobres curas de campo con abnegación digna de aplauso. El Seminario de Santiago es un establecimiento que envidiarían muchas diócesis de las mejores de Europa: en él los jóvenes tienen cuanto necesitan para su perfección intelectual, moral y física. De aquí, como de su fuente, procede la buena formación del clero chileno.

«Es escaso el número de sacerdotes; pero Dios que quiere mucho á Chile, porque es el punto de la América en que más se le honra, envía constantemente sacerdotes españoles doctos y piadosos que ayudan á los chilenos en el santo ministerio.

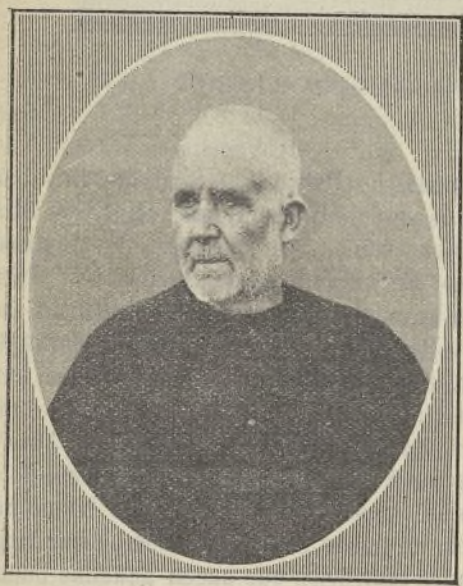
«Algo he de decir del trabajo de nuestros misioneros en Chile. El campo es muy vasto y está muy bien preparado, aunque son pocos los operarios. Por eso nuestros misioneros tienen que trabajar casi sin descanso. Le aseguro que no bajarán de ochenta las Misiones que anualmente dan nuestras Comunidades carmelitas, sin contar otro sinnúmero de trabajos apostólicos.

«Solamente los Padres de Santiago llevaban dadas ya, cuando yo dejé la República, veintitrés Misiones y les quedaban muchas por dar antes de terminar el año apostólico. En ninguno se dan menos de treinta y cinco, amén de varios novenarios, ejercicios á hombres, mujeres, Religiosas, retiros á niños, señoras, todos los domingos á los obreros de San José, meses enteros de catequesis dominical, predicación todos los domingos y días de fiesta. ¿Es mucho el fruto? ¡Ah, Dios lo sabe; pero gracias á El allí se ve, se palpa, como no se palpa ni se ve en otros países. Dios que es bueno hasta con los malos, no puede menos de recompensar largamente los grandes sacrificios que hacen aquellas buenas gentes de los campos de Chile para asistir á la Santa Misión, derramando sobre ellas los raudales de su gracia. ¡Cuántas veces he sentido invadida mi alma de inefable consuelo al ver almas y almas que á pesar de hallarse diseminadas por aquellos campos, lejos de la parroquia, y faltas por lo tanto de recursos espirituales, se han conservado durante todo el año fieles á su fe... Así premia Dios aquellas gentes, así galardona anticipadamente aquellos buenos misioneros, que lo son por su abnegación y por sus continuos sacrificios. ¿No ha de ser consolador administrar en un solo año en las Misiones cuarenta y cinco mil Comuniones?

«La cuestión social, en el pésimo sentido que los socialistas dan á esta palabra, apenas es conocida en la República. Estamos muy lejos de Europa, y creo que pasarán muchos años antes de que estas ideas, que la ponen en tan grave peligro, hagan aquí estragos. Muy florido he presentado todo lo de la República; pero es cierto que Chile es un jardín y por todas partes se van presentando flores.»

NECROLOGÍA

Las Misiones de Fernando Póo están de luto: acaban de perder á uno de sus más ilustres operarios. El Hno. Jaime Miguel y Costa ha fallecido; mas su memoria no se borrará fácilmente. ¡Es tanto lo que ha trabajado en aquellas Misiones! ¡Son tan notables las obras que evocarán su recuerdo! Era el año 1883 cuando los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María tomaron á su cargo la civilización de aquellos lejanos, insanos é incultos territorios. Era menester para tamaña empresa escoger hombres de verdadero espíritu, hombres de sacrificio, de salud robusta, de talento práctico; pues iban á un país casi desconocido, en donde todo estaba por hacer; á un país cuya insalubridad era proverbial en España; á un país donde



HNO. JAIME MIGUEL COSTA
de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María

los peligros para el alma corrían parejas con los peligros para el cuerpo. Doce fueron los escogidos para inaugurar aquellas trabajosas Misiones; que si bien de pronto debían sentar sus reales en la capital, era para desde allí desparramarse, fundar colegios, abrir escuelas en aquellos seculares bosques y abandonadas islas. Entre los escogidos estaba el que hoy llora todo el Instituto y en particular Fernando Póo: el H. Jaime Miguel, joven de unos treinta años y bien aprovechado en el oficio de albañil, había cinco años que había dejado el siglo y profesado en el Instituto; razón era para que creyeran los Padres Superiores, que á quien Dios había dado valor para abandonar el mundo y todas sus cosas, se lo daría también para arrostrar los múltiples trabajos de aquellas incipientes Misiones. No se equivocaron por cierto. Era el H. Miguel de un carácter sumamente sencillo, expansivo, piadoso, dócil á la más pequeña insinuación, de un talento sumamente práctico para todos los oficios; cualidades todas muy á propósito, y entonces hasta necesarias, para llevar á cabo las grandes obras que eran apremiantes en todas las Mi-

siones que se iban fundando. ¿Quién será capaz de enumerar las obras que hizo el H. Miguel en Fernando Póo? Se puede decir que en un principio él era el director de todas las obras. Que en una Misión han de levantar un Colegio: que vaya el H. Miguel. Que en otra van á montar la iglesia: que se prepare el H. Miguel. Que en ésta tenemos que construir un depósito para el agua: que venga el H. Miguel. Vamos á cambiar los bajos de la Casa Misión: que venga el H. Miguel. Y no se crea que él era el director tan sólo: era el obrero que trabajaba la obra. Salvo los actos de Comunidad se le encontraba siempre en su trabajo y tomando parte activa en él. Pero si es difícil enumerar sus obras, lo es mucho más aquilatar los grados de mérito que en ellas contrajo. ¡Oh! sí; ¡la intención y sujeción con que trabajaba! ¡Qué rendidos tenía su voluntad y juicio! En su recto criterio y no vulgar instrucción en el oficio podía ver que la obra hecha de tal ó cual manera saldría mal, exponía, y después trabajaba en completa tranquilidad, seguro de que aquello era entonces lo mejor. En este punto el H. Miguel era admirable.

Socorridas ya las necesidades más urgentes de aquellas Misiones por una parte, y por otra enviados sujetos prácticos en el desempeño de los oficios manuales ó mecánicos, se pensó en la construcción de una iglesia Catedral, digna de la capital de la Colonia y Sede del Vicariato Apostólico. El H. Miguel iba ya para viejo; pero á ninguno se creyó más á propósito tanto por su pericia en el trabajo como por su docilidad como al H. Miguel. Y en esta Iglesia Catedral que confían inaugurar los Misioneros el año próximo, verdadera Catedral y obra de arte, ha trabajado dicho Hermano casi siempre solo los trabajos de albañilería 15 años. La ha podido ver cubierta y levantadas las naves con sus columnas y capiteles; falta la bóveda y el revoque en una parte. Creía el llorado Hermano verla terminada y entonces satisfecho el *Nunc dimittio*; pero el Señor ha querido adelantar el premio de tantos trabajos con tan buena intención realizados, llevándole á su santo descanso.

Es seguramente el H. Miguel el individuo que después del P. Juanola (q. e. p. d.) más simpatías se ha granjeado en Fernando Póo, con la particularidad de no tratar apenas con nadie. Blancos y morenos, españoles y extranjeros, todos conocían al H. Miguel, todos le amaban, todos se hacían lenguas para alabar su actividad y su santidad y apenas hablaba con nadie, pero hablaba su porte, su obra, su persona. Le veían todos los días colocado en el andamio, asentando piedras, revolviendo el cemento... Le veían todos los días atravesar la plaza de España—modesto, risueño, con cara de santo.—Le veían en la iglesia recogido, rezando el Rosario, arreglando las velas como Sacristán, pidiendo limosna con la bandeja—él, tan anciano—él, que estaba ayer en el andamio—él, que estaba levantando una Catedral. A todos tenía cautivado su porte sencillo, su corazón sin hiel. Cuando no le veían en el andamio ó trasteando en la obra ¡ah! se decían, el H. Miguel es-



COCHINCHINA SEPTENTRIONAL.—HUÉ.—Pagoda edificada al pie de un «ficus religioso» y considerada como residencia de un poderoso espíritu —Reproducción directa de fotografía

tará enfermo; vamos á preguntarlo. Y si era así, todo eran deseos de saber cómo seguía en su enfermedad... Yo, cuando le veo salir con la bandeja á pedir limosna, me entenece, decían algunos. Yo creo que algunos más lo hacían por respeto y devoción al sacristán, que por afecto á la Iglesia. Y esto, como he dicho antes, todos desde el Gobernador General hasta el último moreno residente en Santa Isabel. Tenía ya 64 años de edad y más de 29 de Africa; con todo, él trabajaba con actividad en su obra y con la esperanza de que el Señor se la dejaría ver terminada. Sin embargo, al decirle en Mayo último, que había de volver á la Península en vista de unos reumas que se le declararon, quedóse con una

tranquilidad tal, que daba bien á conocer lo desprendido que estaba de la tierra y lo maduro para el Cielo. Pensó, sí, no volver á trabajar en su querida obra; y procuró prepararse inmediatamente para la eternidad, que esperaba. Falleció en la Casa Misión de Gracia (Barcelona) en la mañana del día 4 de Septiembre. Descanse en paz tan ilustre Misionero, y no le olviden los lectores de *Las Misiones Católicas* en sus fervorosas oraciones. Con esta ocasión no podemos menos que enviar el más profundo pésame al preclaro Instituto por la muerte de uno de sus hijos, y á las Misiones Hermandianas por la pérdida de tan valioso operario. Descanse en paz.

H.

LOS HERMANOS COREANOS

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE COREA

POR EL P. JOSÉ SPILLMANN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Conclusión)

13.—Combate y corona

Pablo y Jacobo permanecieron en la cárcel durante varias semanas en compañía de algunos centenares de cristianos de la ciudad y de sus contornos. Era aquella prisión un duro tormento, pues su ambiente estaba

apestado y apenas se cabía en ella. Además el tchak-ko ó cepo coreano no permitía á los pobres presos estar de pie ni acostarse. Consiste este instrumento de martirio en dos trozos de madera de dos metros de largo y quince centímetros de ancho, unidos entre sí por una bisagra. En el extremo inferior de uno de ellos hay huecos

donde entran los tobillos, y el otro trozo de madera se dobla sobre las espaldas, hasta que ambos se unen sujetándose con un candado. De esta suerte el cuerpo está en una posición muy violenta y no tardan en formarse llagas en los tobillos, las cuales pronto supuran y por la suciedad del lugar se convierten en peligrosas heridas.

En medio de aquellos dolores, consolábanse ambos hermanos con la compañía de tantos otros cristianos que con ellos sufrían con paciencia casi sin excepción, los tormentos de la cárcel. Ayudábanse mutuamente cuanto podían y se consolaban y animaban unos á otros, recordando la Pasión de Cristo; oraban en comunidad, y no raras veces entonaban cánticos á Nuestro Señor ó á Nuestra Señora, de suerte que en los muros de la cárcel, que solían repetir tan sólo el eco de maldiciones y lamentos, resonaban ahora dulces melodías. Los rudos carceleros se admiraban, y repetían que en su vida habían visto presos como aquéllos, por lo cual los trataban con más suavidad y les daban con frecuencia agua fresca, ó les renovaban la paja del suelo y les quitaban el cruel tchak-ko.

Una tarde fué conducido á aquella misma cárcel un nuevo preso. Preguntáronle los carceleros si pertenecía á la religión del Occidente, y como él contestara con maldiciones diciendo que no, le pusieron el cepo y lo echaron en el suelo junto á los dos hermanos.

«¿También vosotros estáis aquí?» dijo balbuciendo y dando á conocer claramente que estaba embriagado, cuando los hubo reconocido, gracias al resplandor de una tea. «¿También habéis hurtado, y habéis de probar la sierra de crin? Por el diablo, que yo la soportaría de buena gana, si hubiera podido verla empleada al aborrecido maestro de escuela.»

«¡Justo cielo, si es el hijo de La-men!» exclamó Jacobo.

«Claro que es el hijo de La-men, necio, pues el padre hace ya tiempo que corre por los bosques convertido en oso ó en tigre, si es que no está ardiendo en el infierno. Una vez que la sed le hizo beber un trago de saki de más, le pareció que llevaba sobre los hombros al maestro King que le ahogaba. Daba horror oírle gritar en las ansias de la muerte, diciendo: «Déjame, King, que te perdone el castigo de la sierra y del cuchillo de madera.» Pero el alma de King no le dejó hasta que estuvo muerto y frío. Mas ¿por qué me miráis así? ¿No me podéis dar saki? ¡Traedme saki!»

Aterrados estaban los presos viendo no sólo el espantoso castigo del cruel juez, sino la manera cómo lo refería su propio hijo.

«¿No hay saki en este maldito agujero?» añadió el borracho después de algunos momentos de pausa. «Dadme al menos un cántaro de agua: mañana os lo pagará el verdugo, pues según he oído, mañana llegará vuestro turno. Si yo pudiera ver cómo os pellizcan, tendría un rato de placer. Y con tal de poder hacer lo mismo con el avaro Lao-lu, iría gustoso desde aquí en su compañía. ¿No sabéis cómo ha engañado á mi padre con el hilo de perlas engarzadas en oro? Había sido hecho á imitación del amuleto que trajisteis de Pekín, con el fin de acusar como á ladrones ante el rey, al gran mandarín que entonces gobernaba, y á vuestro tío. Cuando

todo estaba dispuesto, murió el gran mandarín; entonces el bribón del bonzo colgó la cadenita, que le había costado á mi padre muy buen dinero, ante la imagen de Buda, diciendo que, estando él durmiendo, el mismo Buda le había mandado colgarla, y de este modo engañó á mi padre. Pero anteayer me devoraba la sed, y no teniendo dinero, corrí á la pagoda y á las barbas de los bonzos tomé la alhaja de mi padre. Cuando la miré detenidamente, vi que el ladrón del bonzo había puesto allí otra cadena semejante, y que se había guardado el oro y las perlas; pero á mí me prendieron y me trajeron aquí, acusándome de haber robado el templo. Si los espíritus infernales me ayudaran, le estrangularía.»

Todavía siguió maldiciendo y blasfemando largo tiempo, hasta que, rendido por el cansancio, se durmió. Los presos pudieron gozar algunas horas de tranquilidad para prepararse con la oración al próximo combate.

El día 7 de Septiembre de 1791 fué testigo de la constancia y fidelidad de los dos nobles hermanos. Poco después de amanecer, fueron conducidos desde la cárcel á una sala del edificio del tribunal adyacente al de la prisión. Por fortuna, cuando salieron, todavía no se había despertado La-men, y pudieron dirigir algunas breves palabras de despedida á sus compañeros de cárcel y encomendarse á sus oraciones.

Esperábalos un enviado del rey. Era aquel personaje un hombre benigno y compasivo. Cuando llegaron los dos hermanos á su presencia, se quedó como aterrado, al verlos tan pálidos y extenuados, siendo así que pocas semanas antes eran la viva imagen de la juventud floreciente.

«¡Es posible, dijo levantando las manos, que os halléis en tal estado, que casi no podéis teneros de pie y que parecéis ancianos, vosotros que apenas tenéis veinte años y que erais los más apuestos y vigorosos entre los jóvenes de la nobleza!»

«Noble Pa-tse, el aire que hemos respirado esta semana no era el mejor, ni el sustento que hemos recibido el más abundante», respondió Pablo sonriéndose.

«Con todo, ahora vuestros miembros sanos y bien formados serían dilacerados y atormentados y vuestra cabeza separada del tronco, si el rey no os otorgara á última hora el perdón», añadió el cortesano. «Bien habéis de admiraros: el crimen incomprensible que habéis cometido quemando las tablas de vuestros antepasados no os será imputado, si por lo menos ahora renunciáis á vuestra religión.»

«Os damos las gracias, noble Pa-tse, y por conducto vuestro á nuestro benigno soberano; pero no podemos aceptar la condición que nos impone», respondió Pablo con firmeza y serenidad.

«Ofreced siquiera una sola vez ante la estatua de Buda algunas hojas de papel de oro, aunque luego juzguéis de él y de su doctrina lo que queráis.»

«Antes preferimos los tormentos y la muerte», respondió Jacobo.

«¡Desdichados! ¿Es esta vuestra resolución definitiva? ¿De este modo rechazáis la gracia que se os ofrece? ¡Venid, noble Kim, y ayudadme á traer á la razón á estos insensatos!»

Y diciendo estas palabras, abrió una puerta lateral por donde el anciano Kim penetró en la estancia para intentar con súplicas, promesas y amenazas, conmover la firmeza de sus sobrinos. Pero todo fué en vano, pues no lograron quebrantar su fidelidad.

«No sabes, tío, la desgracia que viene sobre nosotros si accedemos á tus deseos. ¿Cómo quieres que renunciemos á la corona celestial que vemos brillar en el cielo, y que por no padecer breves tormentos seamos atormentados con penas infinitas en el infierno? No, no es posible acceder á tus instancias,» dijeron ambos hermanos.

Todavía insistía Kim una y otra vez, cuando llegaron los ministros del tribunal para conducir á los jóvenes al juicio. «Vamos, hermano, vamos á obtener el triunfo.» Y ambos se dirigieron cogidos de la mano y rodeados de soldados á la sala del tribunal. Kim y el cortesano les siguieron dando muestras de grande aflicción.

Era tanta la multitud ansiosa de presenciar el juicio, que los ministros á duras penas pudieron subir con las dos víctimas al tablado donde había sido interrogado Tomás King hacía seis años. El partido de los bonzos saludó con burlas é injurias á los acusados; pero cuando la multitud vió la tranquila alegría que brillaba en el rostro de los dos nobles jóvenes, impuso silencio á aquellas crueles expansiones y escuchó con grande atención el juicio. Después del interrogatorio acostumbrado mandó el juez á los dos hermanos que renunciaran á la secta extranjera y aceptaran de nuevo la religión de Buda. De este modo, añadió, el rey, teniendo en cuenta la inexperiencia de los jóvenes, acudiría á su misericordia y otorgaría el perdón en vez de cumplir con la justicia; pero en caso contrario, morirían ignominiosamente después de padecer crueles tormentos.

Nadie separaba la vista de los dos hermanos. Entonces Pablo dijo con voz clara:

«Doy gracias al rey por su bondad. Dios se lo recompensará. Pero la vida terrena que nos ofrece, no puedo aceptarla á cambio de la vida eterna.»

«Y yo pienso lo mismo que mi hermano, añadió Jacobo. Podrás atormentarnos y quitarnos la vida, pero á nuestra alma inmortal no podrás tocarla.»

La multitud sintió viva conmoción. Cuando se restableció el silencio, mandó el juez llamar á los verdugos, los cuales llegaron prontamente, trayendo una pesada vara de encina con que desgarrar á fuerza de golpes las plantas de los pies de los jóvenes. Pero antes que descargaran el primer golpe, gritó Pa-tse:

«¡Deteneos, en nombre del rey! Singularmente compadecido de la juventud de ambos criminales que han sido hechizados por los demonios del Occidente, y en consideración á la nobleza de su familia, el rey no quiere que sean atormentados y les hace la gracia de dárles la muerte por medio de la espada.»

«No hay, pues, nada que hacer, dijo el juez. Verdugo, conducid á los dos hermanos Yn y Kuan á la plaza mayor y cortadles allí la cabeza. Escribano, escribe el juicio.»

El escribano escribió en unas pocas pinceladas con colores rojos sobre un cartel negro, que los hermanos Yn y Kuan, por su tenacidad en seguir la diabólica

religión de Occidente, eran condenados á pena capital. Este cartel fué llevado en alto delante de los dos jóvenes cuando después de breves momentos eran conducidos entre soldados á la gran plaza real.

«Aquí está escrito que morimos por nuestra religión cristiana,» dijo Pablo en voz baja á su hermano.

«Sí, morimos por Aquel que ha dado su vida por nosotros,» respondió Jacobo.

Ambos hermanos, dándose la mano, se dirigieron valerosamente á la plaza real entre soldados, y cargados con pesadas cadenas, á través de la multitud que llenaba las calles.

«¡Qué contentos van á la muerte!» oyeron que decía uno de los espectadores á su vecino. «Algo de bueno debe de haber en esta secta extranjera, pues la muerte es la gran piedra de toque; y yo dudo que ni siquiera uno de nuestros bonzos diera la vida por su religión.»

«¿Oyes lo que dice este hombre? preguntó Jacobo á su hermano. Oremos para que nuestra muerte contribuya á la conversión de nuestro pueblo.»

«Y también á la del pobre Pedro,» añadió Jacobo.

Así llegaron orando en voz baja á la gran plaza. Allí fué leída en alta voz la sentencia y colocada luego en lo alto de un elevado poste. El mandarín que iba á caballo al frente de la comitiva, mandó á ambos hermanos que se arrodillaran delante de la sentencia. Después de abrazarse por última vez, obedecieron. Mientras oraban en voz alta y sus labios pronunciaban los dulcísimos nombres de Jesús y de María, se había colocado un verdugo detrás de cada uno de los jóvenes. A una señal del mandarín, se vieron por un momento brillar los sables á los rayos del sol, y los dos mártires cayeron bañados en su propia sangre, mientras sus almas subían al cielo adornadas con la corona del vencedor.

«El rey se sintió profundamente conmovido cuando supo la heroica muerte de los dos hermanos. Arrepentido de haber consentido que fuesen condenados, mandó que ya no fuese llevado á juicio ningún cristiano. Mas los demás que habían sido presos, siguieron en la cárcel por espacio de dos años. Por entonces no pudo el sacerdote chino entrar en Corea, pero consiguió su deseo el año de 1794. El número de cristianos era ya de algunos millares, habiendo contribuido no poco á este crecimiento la heroica muerte de ambos hermanos. Muchos de los que por temor habían apostatado, hicieron penitencia, entre ellos Pedro.

Cuando Pío VI en medio de los horrores de la revolución francesa, tuvo noticia de los combates y victoria de la fe católica en Corea, antes que ningún misionero pisara el suelo de ese país, derramó lágrimas de alegría. Sírvanos también á nosotros este ejemplo de celestial consuelo y de estímulo para confesar con firmeza y contento nuestra santa fe católica.

Al acabar hoy la publicación del hermoso relato *Los Hermanos Coreanos*, cumplimos con un deber de gratitud dando públicamente las gracias á D. B. Herder, editor católico de Friburgo de Brisgovia (Alemania), propietario de la citada obrita, que con la amabilidad que le caracteriza nos ha permitido publicarla en *Las Misiones Católicas*. *Los Hermanos Coreanos* forma parte de la biblioteca *Desde lejanas tierras*, y al igual que los demás volúmenes, como él notables, de esta biblioteca, se halla de venta en las principales librerías católicas.

BIBLIOGRAFIA

La Congregación Mariana estudiada en los Documentos, por el P. Elder Mullan, S. J.—Edición castellana.—Un tomo de 550 páginas, tamaño 26 X 18. Precio: 13 ptas. en rústica. Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

Estudia el autor con gran amplitud todas las cuestiones relativas al ser y vida de las Congregaciones Marianas, apoyando siempre su doctrina en los textos auténticos de los Documentos, que á manera de Bulario ó compilación de disposiciones canónicas relativas ó aplicables á la Congregación Mariana, constituyen la segunda parte de la obra.

Aparte del elevado criterio é incansable laboriosidad del P. Mullan, hay que tener en cuenta, para apreciar el valor de su trabajo, la circunstancia de haber sido compuesto en Roma, teniendo el autor á su disposición los archivos donde se conservaban inéditos muchos documentos de interés para las Congregaciones, y pudiendo consultar los puntos dudosos en materia canónica con las primeras eminencias, y aun con el mismo M. R. P. General de la Compañía. Creemos, pues, que sin incurrir en exageración, puede considerarse el tal volumen como la obra más completa y autorizada que se ha publicado sobre la materia; siendo por lo mismo una obra de consulta interesantísima para cuantos deseen conocer á fondo lo que es y debe ser una Congregación Mariana, y absolutamente indispensable á los que, teniendo encomendada su dirección, deseen proceder con el acierto debido en el desempeño de su cargo.

Metodología y Crítica históricas, por el R. P. Zacarías García Villada, de la Compañía de Jesús. Un volumen de 250 páginas tamaño 19 X 12 cms., ilustrado con dos fotocopias. Precio: 2'50 ptas. ejemplar en rústica. Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

No había en castellano obra alguna que enseñase á trabajar científicamente, con verdadero método, con verdadera crítica, y la gran trascendencia de esta enseñanza es tan evidente, que creemos innecesaria ponderarla.

El Dr. Enrique Finke, célebre profesor de Historia en Friburgo (Alemania), autor de la famosa obra *Acta Aragonensia*, y conocedor profundo de las necesidades científicas de España y América latina, ha saludado con aplauso entusiasta la publicación de la *Metodología y Crítica históricas*, obra cuya necesidad sentíase cada día con mayor intensidad en los países de habla castellana.

La *Metodología y Crítica históricas* es obra la más indispensable á cuantos quieran aprender á trabajar científicamente en el campo filológico-histórico: es necesario á bibliotecarios y archiveros, á cuantos se dedican á los estudios positivos de las ciencias eclesiásticas, sean bíblicos, patológicos ó teológicos, á los investigadores, á los profesores de Historia y á todos los alumnos de estas cátedras que aspiren á sacar provecho de sus estudios y á que sus trabajos sean útiles á la ciencia.

De la autoridad del autor es elocuente prueba el estar actualmente recorriendo nuestras bibliotecas y archivos comisionado por la Academia de Viena, para estudiar los códices que guardan á fin de proseguir la obra monumental de la *Bibliotheca Patrum Latinorum hispaniensis*, comenzada por Leowe-Hartel y Baer, actual Director de los manuscritos de la Biblioteca imperial de Viena.

¡Cuántos trabajos se pierden por falta de método y cuántos resultan defectuosos, inexactos por falta de crítica!

Recomendamos, pues, esta obra con el interés que su importancia merece.

Vida de la Beata Margarita María Alacoque, de la Orden de la Visitación de Santa María. Publicada en su Monasterio de Paray-Le-Monial, y traducida por una Religiosa de la misma Orden.—Un tomo en 12.º de XIV-260 págs. esmeradamente impreso en papel muy fino. Precio: en rústica, 2'75 frs.; en tela, 3'50 frs.—B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia (Alemania).

El nombre de la Orden femenina á que se refiere esta biografía es conocido, no sólo de un pequeño círculo de respetuosos admiradores, sino de todo el mundo, en los países de lengua castellana. Donde quiera y cada vez que se predica el piadoso mensaje de las misericordias del Corazón de Jesús,

allí se cita también con profundo respeto á la bienaventurada Margarita María Alacoque.

Esta biografía de la Beata merece caluroso elogio y la más extensa difusión. Debe preferírsela, por su forma y fondo, á todas las precedentes Vidas de tan santa mujer. Está escrita con sentimiento á la vez que con espíritu crítico; tiene profundidad psicológica; y está compuesta y ejecutada perfectamente, ya se mire á sus diferentes partes, ya al conjunto; viene á ser una acuarela de tonos vivos y tiernos debida á una mano amiga, y pintada con tanto amor y colorido que desde el primer momento conquista para el modelo la simpatía de nuestros ojos y el afecto de nuestro corazón.

Los siete pecados capitales, por D. Antolín López Peláez, obispo de Jaca. Un vol. en 8.º (IV-220 págs.), 2'25 francos en rústica y 3 en tela. B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia (Alemania).—Estudia uno por uno los pecados capitales, con cierta novedad y con profundidad que acredita una vez más las cualidades de moralista, filósofo y teólogo del docto autor. Entre los capítulos que hemos leído con mayor interés y que gustaríamos de ver reproducidos en opúsculo y repartidos con profusión, citaremos los del baile y del teatro, notables entre todos los de la última obra del incansable Prelado.

Compendio histórico-crítico de la Literatura castellana, por el R. P. Luis Fernández de Retana, redentorista, ilustrado con retratos. S. Calleja, editor. Madrid.—Resumen crítico brevísimo (á la generalidad de los autores que cita les destina ocho ó diez líneas) de la Literatura castellana, desde su origen hasta hoy. De cada autor de nota y de cada una de las principales fases de nuestro desenvolvimiento literario da una idea sencilla y doctrinal, al alcance de las inteligencias de los principiantes. Es, pues, obra muy buena para enseñar rudimentos de Literatura castellana en escuelas elementales.

Le Pain Evangelique, explication dialoguée des evangiles des dimanches et fêtes d'obligation á l'usage des Catechismes du clergé et des fidèles, par l'Abbé E. Duplessy.—Tome II Du Careme á le St. Pierre: Tome III De le St. Pierre á l'Avent. Volúmenes de 250 págs. á 2 francos cada uno.—P. Téqui, libraire-éditeur, rue Bonaparte, 82. Paris.—Cuantos elogios nos mereció el primer tomo de esta obra, que leímos con interés y verdadero gusto, por la claridad de exposición, método, sencillez de lenguaje y fluidez del diálogo que el párroco ó el catequista sostiene con los alumnos que le exponen sus dudas y dificultades; los mismos nos merecen también los dos tomos de que hoy damos cuenta, complemento de la obra, digna de ser recomendada á cuantos predicen la palabra de Dios ó la enseñan en catecismos, etc. A los párrocos les da hecha la explicación del evangelio de los domingos, á los catequistas clara, completa y provechosa exposición de la palabra de Dios, á los fieles la lectura sabiamente comentada y aclarada del evangelio del día de fiesta. A los sacerdotes, á los catequistas y al fiel seglar recomendamos, pues, la adquisición de esta obra, cuya lectura juzgamos altamente provechosa.

M. C. G.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

TERCER TRIMESTRE

	Ptas.	Cts.
Suma anterior:	51	75
Para las Misiones del Africa.....	2	
Total:	53	75

Esta cantidad, que es el total recaudado durante el tercer trimestre, va á ser enviada al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe.

Total remitido desde 1.º de año: 944'20 ptas.

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1912